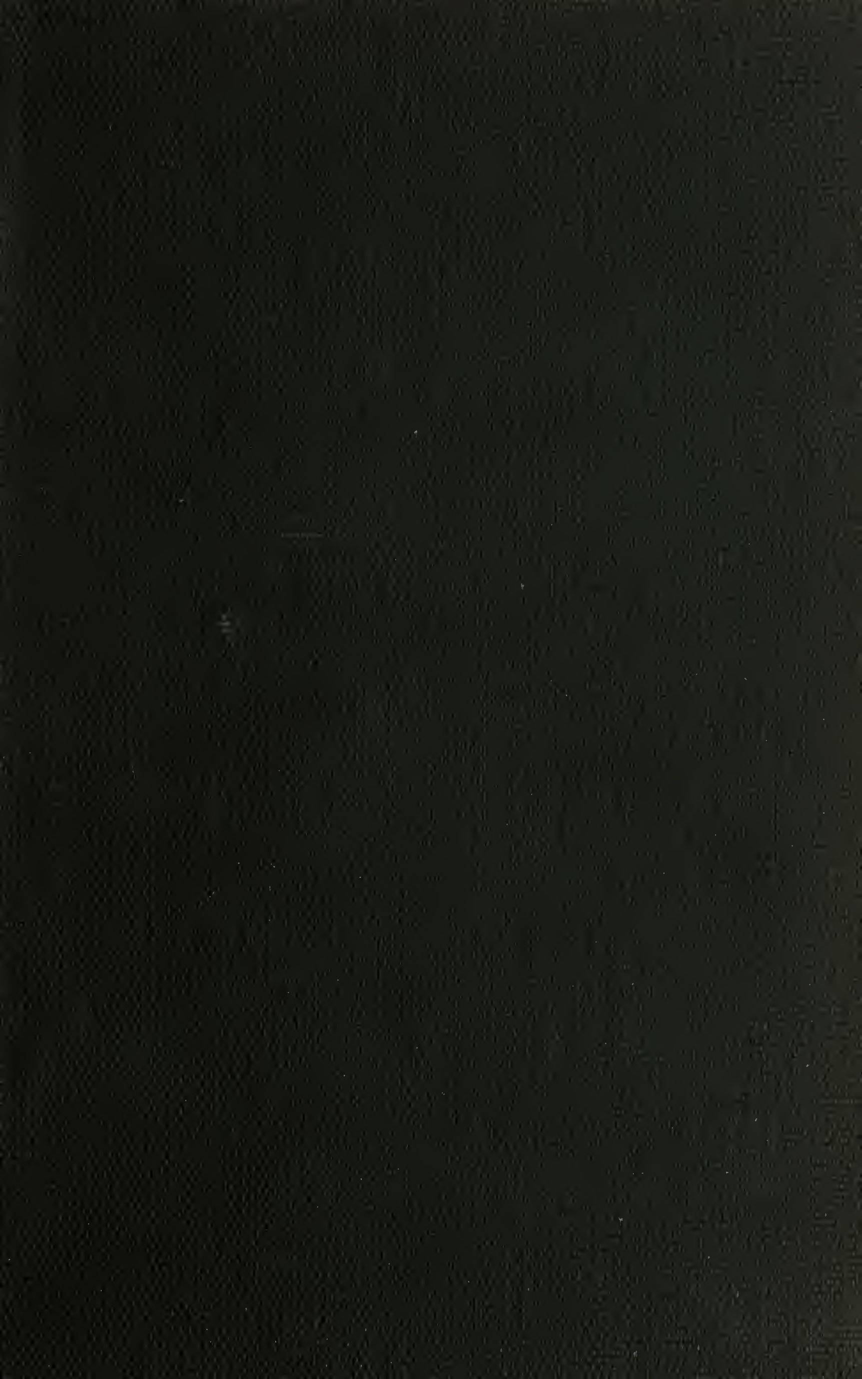






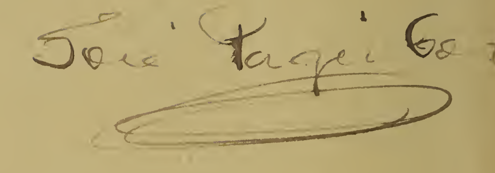
PRECIO: 2 PESETAS

JOSÉ PAGÈS Y COSTA

EDUCACIÓN INFANTIL



MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO MARZO
San Hermenegildo, 32 dupdo.
Teléfono 1.977.
1915



DEDICATORIA

A ti, madre mía, te dedico este libro, porque todo es tuyo.

Los pobres, los desgraciados y los enfermos, á quienes con caridad cristiana has socorrido y cuidado como á tus hijos, verán palpitar en todas sus páginas los latidos de tu corazón, iluminados por los destellos de tu clara inteligencia.

No sé si habré sido fiel guardador del depósito que recibí de ti siendo muy niño, para transmitirlo á mis hijos siendo ya hombre.

Si hubiese cumplido tu mandato, me reuniría contigo satisfecho después de venerarte y bendecirte toda mi vida, como se debe venerar y bendecir á las buenas madres.



De gran interés.

Consultada por la Delegación Regia de Primera enseñanza la Inspección médico escolar de Madrid acerca de los medios que pudiesen ponerse en práctica para evitar el desarrollo de la miopía de los niños cuando acuden á las escuelas para recibir la instrucción primaria, formuló el eminente doctor don Eduardo Masip varias conclusiones científicas, de entre las cuales transcribimos las siguientes:

....

«4.ª Con objeto de evitar los esfuerzos de acomodación y fijación constante de la vista que hacen de la lectura la ocupación más fatigante, hemos de dar reglas respecto á las condiciones tipográficas que han de tener los libros destinados á la enseñanza de la lectura.

La unidad de medida del carácter tipográfico es el punto al que viene señalándose aproximadamente un espacio de medio milímetro.

El cuerpo nueve debe ser, pues, el obligado como tamaño mínimo de los caracteres empleados en la confección de esos libros.

Y así el número de letras por centímetro líneal será de seis; la altura mínima de éstas debe ser de dos milímetros.

La distancia entre las letras será como mínimum de medio milímetro, y de dos la intervocubular.

La línea, á su vez, no tendrá más de ocho centímetros, y el interlineado debe ser de tres milímetros cuando menos.»

....

Obsérvese que el cuerpo empleado en este libro es el doce en vez del nueve, y véase cómo se cumplen con exceso todas las condiciones exigidas en la notabilísima Memoria del Dr. D. Eduardo Masip presentada al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y Director general de primera enseñanza en Febrero de 1912, comprensiva de los trabajos realizados hasta fin de 1911, y premiada con medalla de oro en la Exposición aneja al primer Congreso de Higiene escolar celebrado en Barcelona en el mes de Abril de 1912.



La misión del pedagogo
es instruir deleitando;
sin que olvide que enseñar,
es educar corrigiendo.

CAPITULO I

Base de la educación.

Sumario.

I. El hogar como base de la educación y de la instrucción.—Tutela providencial y continua de la madre.—II. Facultades de todo ser humano.—¿Quién piensa y quiere por el niño?—III. Influencia de la madre sobre el hijo antes de nacer y después de haber nacido.—IV. Maravillosos resortes que tienen los padres para formar la inteligencia y el corazón del niño.—Responsabilidades que contraen si no los utilizan.

I

La base de la educación del niño está en el hogar, donde la madre, primera y principal maestra que deleitándoles ha de enseñar á sus hijos, con el cariño en ella innato, satisface todas sus necesidades, fortaleciendo con sus cuidados y sus desvelos el débil cuerpo del que no se da cuenta de que existe hasta que el calor, del regazo y los besos de la que le dió el ser le hacen abrir los ojos en los brazos de la autora de sus días, viendo en ella de continuo, en todos y cada uno de los instantes



de su vida, el ángel tutelar que le libra de todos los peligros y le proporciona todos los placeres que hacen grata su existencia física, ya que las

funciones de la vida psíquica las asume la madre hasta que los sublimes destellos de la razón empiezan á iluminar la inteligencia, haciendo latir al mismo tiempo, á impulsos de la belleza moral, el corazón del que empieza á vivir y que ha de crecer y desarrollarse de modo armónico en sus dos naturalezas física y moral.

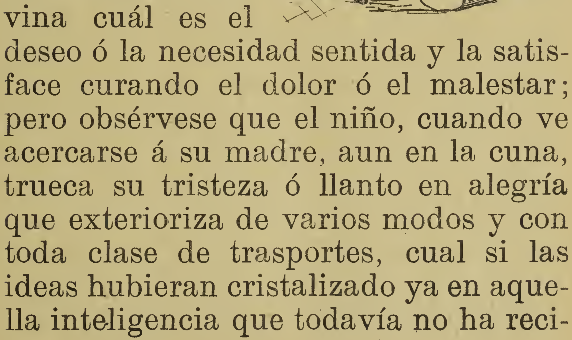
II

Las facultades del ser humano son sentir, pensar y querer; de suerte que todos nuestros actos tienen por móvil la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. Con la sensibilidad agitamos nuestro corazón conmoviendo profundamente nuestra alma; con la inteligencia reconocemos los objetos—causas y efectos—, los ponemos en relación unos con otros, los comparamos y juzgamos—juicios y raciocinios—, y por medio de la voluntad sancionamos todos los actos de nuestra vida—voliciones—. He ahí el trabajo constante del hombre como ser inteligente, sensible y libre.

Mas como en el niño la sensibilidad,

y sobre todo la inteligencia y la voluntad, son casi nulas, rudimentarias é incompletas (como hemos apuntado ya), de ahí que el padre, y sobre todo la madre, han de suplir de modo providencial las deficiencias á que están sujetas en su incipiente desarrollo tales facultades.

Así vemos que el hijo siente una necesidad física—el hambre—ó una impresión desagradable—frío, dolor ú otra molestia que le causa malestar—, y de modo instintivo llora, llenándose sus ojos de lágrimas. La madre acude solícita y con diligencia, con su habitual cuidado, adivina cuál es el



deseo ó la necesidad sentida y la satisface curando el dolor ó el malestar; pero obsérvese que el niño, cuando ve acercarse á su madre, aun en la cuna, trueca su tristeza ó llanto en alegría que exterioriza de varios modos y con toda clase de trasportes, cual si las ideas hubieran cristalizado ya en aquella inteligencia que todavía no ha reci-

bido los sublimes mandamientos del yo consciente que distingue y separa el bien del mal, lo bello de lo feo, lo agradable de lo desagradable.

Es que los ojos del niño son el espejo de la madre, donde se asoma el alma de ésta, que es la del hijo, pues aunque sus cuerpos se separaron al nacer el último, los espíritus están unidos para siempre, y la alegría y la tristeza, el placer y el dolor, les son comunes, porque las funciones psicológicas son idénticas entre los seres que tienen la misma vida moral.

III

La madre vivió por ella y por su hijo mientras le llevó en las entrañas, ejerciendo sobre él una influencia fisiológica absoluta (1). Después de haber nacido aquél vive también espiritualmente

(1) En la Historia Natural de Debey se cita el caso de una negra que tuvo un hijo blanco, explicándose este fenómeno por la influencia que la imaginación de la madre ejercía sobre el feto, por haber tenido á la vista durante el embarazo en la casa donde estaba de portera una estatua de mármol blanco.

Recuérdese también el artificio de Jacob para

por los dos. De ahí el poder de sobrenatural inspiración que ejerce sobre sus hijos; de ahí la facilidad para educarlos y formar su inteligencia y su corazón; de ahí los grandes deberes y las responsabilidades que adquieren ante Dios, la Patria y la sociedad si no utilizan—el padre y, sobre todo, la madre—los maravillosos resortes de que disponen para que en la inte-



ligencia del ser que empieza á vivir se abran los primeros surcos donde ha de germinar y dar fruto la semilla del humano saber que allí han depositado, así como en el corazón han de tener fácil y cariñoso albergue los cristianos y redentores afectos del bien, sintetizados en los simpáticos y deslumbradores destellos, dibujados por el espectro de la belleza moral.

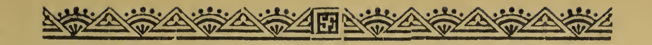
que las ovejas tuvieran hijos de varios colores, por ser varios los de las varas puestas en los dornajos. (Biblia de Civit. Dei Libro XVIII, cap. V. San Agustín.)

IV

Así como el escultor, con la inteligencia y el buril, concibe y esculpe su obra y su genial y bella concepción la contemplamos con latente vida artística en el mármol ó en el bronce, á los grandes artistas que se llaman padre y madre toca modelar la inteligencia y el corazón del niño, empleando toda su voluntad y su maestría hasta conseguir que arraiguen en ellos todos los colores, todos los matices rudimentarios que han de ser la base y el desarrollo de su intelecto, así como la causa de que fulguren en su alma los vívidos destellos del sentimiento ético, que ha de ser el faro que guíe todos los actos de su vida, como inspiración sublime arrancada á la paleta que los padres artistas tuvieron en su mente y en su corazón para la educación del niño, que ha de ser el hombre del porvenir (y útil, por tanto, no sólo á sí mismo y á su familia, si que también á su Patria y á la Hu-

manidad), á las cuales, después de Dios, se lo debe todo y de las cuales forma parte dentro de los círculos concéntricos, que partiendo del más reducido—el de la familia—le señalan como Patria común y maestra de los hombres toda la tierra, cual inmenso escenario donde se ha desarrollado la historia del género humano. He ahí la base para la educación del niño.





CAPITULO II

Amor materno y amor filial.

Sumario.

I. Necesidad insubstituible de estos amores para la educación infantil.—II. Cómo lo siente la madre. Cómo corresponde el niño á la ternura de aquélla. Cómo recuerda los cuidados y los desvelos de la madre, sus mimos y sus regalos.—III. Cómo se graba todo esto en la memoria y en el corazón de los buenos hijos. Cómo debe corresponder ofreciendo á los autores de sus días las preciadas flores del amor filial.—IV. ¿Qué es el amor maternal?—V. Desgracia que aflige á los que no tienen madre.—VI. El sacrificio de un jilguero por sus hijos.



I

Para la educación infantil, para el cuidado y desarrollo del niño, son indispensables estos dos amores que se funden en uno solo, porque se compenetran, se adivinan y perduran eternamente.

Sin ellos, la madre dejaría de ser tal, no merecería este nombre tan dulce y tan venerado en todos los pueblos, aun en los menos civilizados y menos cultos; el hogar no tendría el delicado perfume de su amor insubstituible, y el hijo tendría una existencia física precaria, cual planta sin savia, sin color y sin sol que le diese vida y colores, belleza y poesía; crecería abandonada á merced de todos los peligros y de todas las pasiones, cual débil flor sacudida por el huracán que juega con ella de modo despiadado antes de troncharla y destruirla.

La madre, con el inmenso y santo

cariño que siente por su hijo, vive por ella y por él; y loca de gozo con su amor, créese todavía deudora al hijo, objeto de su inconmensurable cariño, que cree pagado con exceso cuando con infantil alegría las manos ó los pies de aquél, aun en la cuna, se mueven de modo inconsciente y juguetón, ó cuando con los mimos y juegos de su madre estalla en sus labios estrepitosa risa ó se dibuja en sus ojos el inefable gozo del que se ve complacido aun en sus más triviales necesidades ó en sus menores deseos.

II

El cariño materno resbala sobre una pendiente que se llama ternura—para algunos locura de amor—que conduce de modo seguro al sacrificio en provecho del objeto amado, y cual ángulo de reflexión, el amor filial recorre el mismo camino en sentido inverso, como justa correspondencia al amor de la madre, si ésta, cual es su deber, ha formado la inteligencia y el corazón de su hijo. Este, cual eco fiel, no hace más que repetir la voz de aquélla, el grito de su alma enamorada; si enseñó y

educó al niño, éste responderá siempre con su cariño y su amor al amor y al cariño de su madre, dulce, abnegado y santo.

No es posible suceda otra cosa. El niño recuerda todos los instantes de su vida, aun los de la edad más tierna; si no cómo le mecía en la cuna y le arrullaba en sus brazos la autora de sus días, durmiéndole con sus canciones y sus besos y despertándole de igual modo, recuerda el cuidado con que le vestía, le alimentaba y le



enseñaba á balbucir las primeras palabras y las primeras oraciones, juntando las manecitas ante la imagen de la Virgen que le miraba sonriendo; cómo se entrelazaban sus brazos en el cuello de aquélla cuando el miedo ó el malestar le atormentaban; con qué placer recibía de manos de aquélla los juguetes y golosinas; quién le acompañaba al balcón el día de Reyes para recoger el regalo de los magos viajeros, y, por fin, quién cuidaba de su salud no abandonándole un momento, cuan-

do el insomnio ó la enfermedad le hacía temer por la salud ó la vida del que era carne de su carne y alma de su alma.

III

El niño adolescente, el hombre viril, el anciano, el decrépito, en todos los momentos de su vida, sanos ó enfermos, felices ó desgraciados, y con mayor egoísmo y cariño cuando se acercan al sepulcro, no pueden olvidar lo que fué para ellos el amor de su madre.



Conservan en su memoria y en su retina, cual figura imborrable, la imagen adorada de la autora de sus días, viéndola deslizarse junto á su lecho á todas horas, cuando la causa más insignuificante produjese un poco de tos ó la menor molestia al pequeño ser que nace y se desarrolla cual las flores que fecundiza el sol español en esta tierra privilegiada, porque Dios con su gran

sabiduría permite que la naturaleza substituya á la más cariñosa, diligente y previsora de todas las madres.

Y así como las flores se yerguen en sus tallos, en el incomparable jardín de nuestra querida España, así también nosotros hemos crecido en el jardín del hogar, y si las rosas y claveles, los azahares y jazmines, nardos y violetas, han embalsamado el ambiente con sus perfumes, al mismo tiempo que se mecían en sus tallos con encantadores donaires, del mismo modo en la casita de sus amores los hijos han sentido el embriagador perfume del amor maternal confundiéndose con el suyo, cuando con su desarrollo físico é intelectual han empezado á dar muestras de que sus pensamientos y sus obras correspondían á las esperanzas que en ellos tenían depositadas los que le enseñaron á querer y venerar todo lo que fuese bueno y bello en la vida física y en la moral.

Su aplicación en la escuela, en el Instituto, en la Universidad, en el taller, en la fábrica ó en el campo; sus aptitudes y adelantos en las Bellas Artes, las letras, las ciencias, el comercio, la agricultura ó la industria; los

premios ó recompensas obtenidos, que depositaron como valiosa ofrenda, como merecido homenaje á los pies de los



autores de su vida, son el perfume de su inteligencia, las bellas flores de filial amor, la justa correspondencia, el eco que responde á la voz, á los afanes de los que le educaron y le enseñaron á pensar, á sentir y á querer, á ser bueno y creyente, laborioso y honrado.

He ahí lo que es el amor de las madres y lo que debe ser el amor de los hijos cual lo describe la incomparable poetisa doña Josefa Masanés en

IV

El beso maternal.

¿Qué valen las caricias,
los abrazos y besos,
si no son prodigados
por maternal afecto?
¿Queréis amistad firme
y afecto duradero
y en el amor y gloria

un porvenir risueño?
Pues bien; lo hallaréis sólo
en el materno pecho.
Es la amistad efímera,
el amor pasajero,
humo fugaz la gloria,
el porvenir incierto;
¡ay!, sólo es positivo
el cariño materno.
Felices los que han sentido
su tierno rostro oprimido
por el beso maternal;
dichosos los que han oído
y al canto se han adormido
de aquella voz celestial;
tú no puedes comprender
lo que tienes niño ahora,
lo que vale esa mujer
que ríe con tu placer;
que si tú lloras, llora;
que vela siempre á tu lado
con solícito cuidado
y tu querer adivina
su amor desinteresado
tan dulce, tan sosegado
como el aura matutina.
Niño, cuando la razón
alumbre tu corazón
y veas cómo es debido,
recuerda con qué ilusión,

con qué delirio y pasión
esa mujer te ha querido.
Besa el polvo que pisó
y la cuna que meció
con un afán tan prolijo;
respeta lo que tocó,
lo que te dijo y mandó:
¡mucho debe hacer un hijo!
Alza su lánguido brazo,
forma con el tuyo un lazo
y no lo sueltes jamás;
dirige su tardo paso,
no andes en amarla escaso,
¡nunca cual ella amarás!
¡Oh! Si Dios por su clemencia
mi madre me devolviera
y bendecirme pudiera,
hija llamarme una vez;
por verme contra su pecho
estrechada con ternura,
¡Dios mío!, por tal ventura
¿qué no daría después?
Diera mi amor en la tierra,
belleza si la tuviera,
mi vida, mi dicha entera,
por un beso maternal.
¿Mas que fuera el esqueleto
que de la huesa se alzara
el que tierno me besara
con su boca sepulcral?

Yo sé bien que este cariño
no sería frío, inerte,
que más allá de la muerte,
llevan las madres su amor.



Un beso fuera de fuego
y de la gloria un destello,
ardiente, célico, bello,
cual la gracia del señor (1).

V

Cuando en la casa ó en el paseo veáis á los niños tristes, sin luz en las pupi-

(1) No olvidaré nunca lo que nos decía con tristeza un hombre del campo: «Mire usted, nos hacía observar; si quitamos el nido á los padres y lo ponemos con los pequeños dentro de una jaula, sea donde fuere, los padres van allí á dar de comer á sus hijos; si sucede al revés, los padres prisioneros, se morirán de hambre, porque los hijos no se acuerdan de ellos.» Pensad en este ejemplo, niños, y no seais ingratos, porque Dios os castigará.

las, ceñida la frente por el pesar, de paso tardo y mirada vaga é incierta, no les preguntéis cuál es la causa de su infortunio.

Los que están recogidos en establecimientos benéficos, donde se les debe atender con solicitud y cariño, os dirán que la mayor de las amarguras,



el más cruento é inmerecido de los suplicios es castigar á un inocente por el delito de haber nacido: el más nefando de los crímenes es negarle que tenga madre al ser que no pudo venir al mundo sin ella, y la mayor de las crueles aberraciones, que una persona deje sus hijos en el arroyo (1) cuando los irracionales, aun las

(1) Dice Eusebio Blasco:

ANTE LA INCLUSA

El león con ser león
adora su propia sangre,
el chacal con ser chacal
amamanta á sus chacales,
y los hombres con ser hombres
han hecho una casa grande
para almacenar los niños
arrojados á la calle.

fieras, se convierten en corderos y no rehuyen la presencia ni la persecución del hombre por no abandonar á sus hijos, y se dejan matar antes que separarse de ellos,



cuando ven que el hombre, de modo inhumano muchas veces, se los quiere arrebatar para sacrificarlos tal vez por injustificado capricho.

VI

Hace muchos años que en una tarde del mes de Julio presencié, siendo pequeño, lo que voy á referir:

Hallábame en un puente, y á semejanza de lo que ocurre con el viaducto en la calle de Segovia de Madrid, fijábame cómo los árboles que estaban debajo de aquél eran sacudidos con violencia por el huracán que anunciaba la tempestad, precedida del seco y terrorífico tableteo del trueno y de los fuertes chubascos que se sucedían sin cesar.

En una de las ramas que se doble-

gabán de modo sumiso, cual si no quisiera oponer resistencia á la fuerza del viento para que no la tronchara, desgajándola del tronco, se veía á un jilguero que estaba en el nido, y con sus alas y su cuerpo cobijaba á sus hijos, que, con tan débil como oportuna protección, no recibían daño alguno. La rama seguía retorciéndose de un lado para otro, impulsada por el vendaval; los chubascos mojaban la cabeza y el cuerpo del pajarito; pero éste, cual si estuviese sujeto al nido con férreas ligaduras, no vacilaba en su puesto, no demostraba el menor temor; por el contrario, podríamos decir que parecía estar satisfecho, porque así cumplía su deber de madre.



Pero con ser su situación comprometida por la furia de los desatados elementos, otra circunstancia vino á probar hasta dónde podía llegar el instinto del sacrificio. Otro niño travieso y de mal corazón había observado lo que queda referido, y en vez de com-

padecerse y favorecer, á ser posible, al animalito que tan hermoso ejemplo nos ofrecía, de modo rápido, sin que nadie lo pudiera evitar, sin acertar por fortuna, le tiró dos piedras, queriendo hacer blanco de sus infernales propósitos á aquella madre y á aquellos hijos. «No seas malvado—le dijo una voz juvenil, pero enérgica—; no tires una piedra más y acuérdate de tu madre si la has tenido, y obra como ella te enseñó á obrar; si por desgracia no la has conocido, aprende la lección que nos da ese jilguero, y piensa que si á nosotros que la ley nos protege como á los pájaros, alguien nos hiciese daño, sería castigado como debe serlo el que lo causa á aquéllos.»

No dañemos á las aves que tal ejemplo nos dan; debemos protegerles siempre, porque son muy buenos amigos nuestros; con sus cantos deleitan al hombre, aunque éste, por egoísmo, les prive de lo más hermoso y codiciado: de la libertad y el amor.

Recordemos los buenos servicios que le prestan destruyendo los insectos, gusanos y orugas, que tanto dañan á la agricultura y á las personas, y pensemos que la mayor de las cobardías, el

más perverso de los instintos, es causar daño á los débiles, á los que no pueden defenderse ni huir, porque prefieren perecer antes que abandonar á sus hijos.





CAPITULO III

Cómo se revelan.

Sumario.

I. Cómo se revelan el amor materno y el amor filial.—II. Cómo discurre, así que tiene raciocinio, el niño educado por una buena madre. Cómo se preocupa de la felicidad de sus iguales ó semejantes.—III. Cómo siente y obra este niño.—IV. Maravillosos resortes que utilizan las madres para educar con el mayor altruísmo á sus hijos. La inteligencia y el corazón de una madre cristiana palpitando con la divina virtud de la caridad en el corazón de su hijo.



I

El amor materno y el amor filial, sin solución de continuidad, revélanse de mil modos en el niño, en el adolescente, en el hombre viril, en el anciano, en el sano, en el enfermo, en la vida pública y en la privada; esto es, dondequiera que haya de mostrarse la buena educación, el hidalgo y noble proceder del hombre honrado.

Cuando los niños se entretienen con sus juegos y golosinas cuando entre ellos hay uno más pobre ó desgraciado que por tal motivo se ve privado de tales placeres ó que sufre un mal ó una desdicha, ob-



servad á los que le rodean y tienen su edad, y por sus actos y aun por su semblante podréis deducir cuáles son los que sienten palpitar en su pecho los

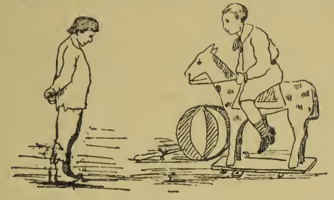
grandes amores que le educaron para el bien y modelaron su alma compasiva y altruísta para hacerle sentir las emociones que conmueven el corazón, haciendo brotar en él esa hermosa y necesaria virtud que llamamos compasiva ternura.

II

El niño educado por una buena madre empieza á ser hombre así que el raciocinio se dibuja en su cerebro, así que las ideas de relación, reconociendo la existencia de la belleza moral, cristalizan en su mente, así que las altruístas ideas del bien tienen albergue en su pecho.

Piensa que el cariño maternal que á él le ha dedicado su madre lo han tenido todos los niños, y si llega á formarse la triste idea de que aquel ser que es su igual ó semejante ha vivido olvidado ó preterido en la infancia sin que en sus candorosas mejillas estallara al acostarse y todos los días al amanecer una lluvia de besos y de caricias con una sensación parecida al aleteo de los ángeles cuando velan el sueño de la inocencia; si en su alma virgen llega á

arraigar la convicción de que aquel ser que empieza á vivir como él ha entrado en el camino de la vida pisando abrojos y espinas en vez de flores y alfombras de césped y de verdor, creciendo como una planta exótica y olvidada que jamás ha recibido los vivificantes y candentes besos de la que le dió la vida, tan necesarios como las caricias y los besos de un sol tan espléndido como nuestro sol español, ni han resbalado sobre su rostro en los días de insomnio y de fiebre las lágrimas de su madre cual si fuesen incomparables gotas de rocío desprendidas de un cielo tan bello y tan diáfano como el de nuestra querida Patria, que todo lo embellece, fecunda y poetiza, en este caso, no lo dudéis, en los ojos de aquel niño se dibujará primero la sorpresa, los empañará luego una nube de melancolía en tanto que en su hermoso corazón surgirá una sensación para él desconocida hasta entonces y que tiene el nombre fatídico de la «amargura».



III

He ahí el niño convertido en hombre; he ahí al ciudadano, al pensador del porvenir que pone de manifiesto la sana educación, la inteligencia reflexiva y el corazón magnánimo, que son la acabada obra de las buenas madres. Dejadle que él cumplirá los fines sociales y dará á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; será buen cristiano, buen hijo de familia, buen padre y buen ciudadano y tan laborioso como honrado, que es cuanto Dios, la familia, el Estado y la Humanidad le pueden exigir para que cumpla voluntaria y puntualmente todos los deberes religiosos, sociales y políticos.

Aun siendo hombre vivirá la vida de la niñez para pensar y obrar bien, como piensa y obra una inteligencia juvenil é inmaculada y un corazón no pervertido, porque en el suyo arraigaron siendo pequeño esas virtudes que no desaparecen nunca como depositadas allí y cultivadas por el más abnegado y sublime de todos los amores, por el amor de madre, así como siendo

niño era ya hombre para sentir y pensar como persona de juicio maduro y sano, porque así le enseñaron á sentir y pensar el padre y la madre, aun en su regazo, valiéndose de los muchos resortes que tienen las madres para hacer pensar y sentir bien á sus hijos.

IV

Para probaros esto imagináos una madre que en un día festivo se queda en su casa con un hijo pequeñito.

Excepto estos dos seres y un venerado sacerdote de ochenta y ocho años, tan bueno como ilustrado y distinguido maestro de capilla y organista que ocupa el segundo piso de la casa, los demás individuos de la familia, incluso el padre, han salido á paseo.

La madre, junto al brasero, lee un libro de oraciones con hermosos grabados alusivos á la letanía que enseña y explica al pequeño; éste, después de pasar un gran rato, desea salir de la casa; ir á jugar ó á paseo, como han ido sus hermanos mayores y hasta las criadas, y para ello le pide moneditas á la autora de sus días. Esta, viendo la in-

sistencia del pequeño que quiere satisfacer un deseo natural si se quiere, finge complacerle, le entrega el dinero que



le pidió, le despide con un beso y le dice: «Toma el dinero; cómprate lo que deseas y juega mucho con tus amiguitos, aunque mejor sería que esas moneditas las diésemos al pobre jornalero Antonio, vecino nuestro, que está enfermo y no puede trabajar para ganar el pan de sus hijos. Además quizá algún día, aun deseándolo con vehemencia, no podrás estar al lado de tu madre, porque ya no vivirá.»

El niño con el dinero se dirige á la escalera; pero no llega á pisar la calle, ni siquiera el umbral de su casa. Antes de llegar á él se para y reflexiona... su inteligencia y su corazón, iluminados por un rayo de luz esplendorosa, heridos por una sensación cruel, no son ya los del niño, son los del hombre, y triste y pensativo, oye en el fondo de su alma un eco lúgubre que repite de modo punzante las palabras de su madre;

un dolor agudo oprime su corazón hasta lograr que en sus infantiles ojos cristalicen dos lágrimas, más brillantes, más puras y más valiosas que todas las piedras preciosas de la tierra, porque las prendieron en sus pupilas sus amigos, los ángeles, que bajaron del cielo.

«No quiero ir á paseo, mamá», dice el niño avergonzado entrando en la habitación. «No quiero comprar nada, mamita», dice colgándose del cuello y mirándose en los ojos de su madre. «Toma el dinero que me has dado, se lo daremos al pobre Antonio, que no puede trabajar para ganar el pan de sus hijos; yo sólo quiero ser bueno como tú, y estar á tu lado siempre, siempre», repite sollozando.

«Así te quiero, ángel de mi vida, alma de mi alma, y porque eres buen niño te voy á dar la merienda que prefieras: frutas, dulces, jamón, lo que más te guste», le decía su madre mientras le besaba como sólo besan las madres, secando con sus dulces besos las primeras y ya amargas lágrimas de su hijo.



CAPITULO IV

En la cuna y en la infancia.

Sumario.

I. Felicidad incomparable de la madre con la alegría del hijo en la cuna.—II. Los hijos descubren que el amor de la madre es sacrificio para ella y egoísmo para los hijos.—III. Peligros y enfermedades de los hijos que preocupan á las madres. Su sacrificio continuo.—IV. Por qué mueren tantos niños en España.—V. La cuna vacía. ¿Quién puede mitigar el incomparable dolor de una madre?



I

La alegría inconsciente y juguetona del ser que está en la cuna, su salud y su felicidad, son el encanto, la salud y la felicidad de las madres. ¿Hay cosa comparable á ello? Preguntárselo á ellas y os contestarán. Fijáos en ellas y en su inquietud, cuando el niño no duerme bien, no tiene apetito, ó cuando con los pies y brazos no ejecuta las travesuras y trasportes con que corresponde á los juegos y á los mimos de su madre, porque su bienestar, sin darse cuenta de ello, es completo, teniendo á su lado á la autora de sus días.

Esta dicha, que para ambos seres empieza al nacer el hijo, tiene su mayor desarrollo en la infancia; los amores de la madre y del hijo crecen todos los días, se agigantan con la sublime abnegación de la madre, hasta que el pequeño, con el discernimiento, descubre (como hemos dicho en el capítulo anterior) que lo que en la madre es

abnegación para los hijos resulta egoísmo, provecho para éstos, daño para aquélla. Cuando los niños (aun en la infancia) empiezan á comprender esto, observan con emoción que el que creían límpido sol de su felicidad está velado por una pequeña nube.

Las primeras ideas de relación que se dibujan en su mente les prueban que el amor de su madre, sus cuidados y sus desvelos, no sólo lo suponen y son abnegación, sino que son sacrificio continuo y voluntario. Empiezan á observar y á convencerse los hijos de que las buenas madres dejan de vivir cuando nacen ellos, porque desde tal momento, desde el instante que escucharon su primer vagido, su vida no es más que una cadena de eslabones forjados por los cuidados y los sinsabores, la zozobra, la inquietud y la pesadilla de la que teme siempre por la salud, el bienestar y la vida de sus hijos.

II

No sólo las enfermedades, sino los peligros reales, y aun los imaginarios, los que ven en su calenturienta imagi-

nación las madres, se señalan en su frente con profundas arrugas.

¡Por eso envejecen tan pronto, por eso su belleza física se agosta y desaparece cual delicado lirio, cuyos nacarados pétalos duran sólo un día, aunque su perfume dure toda la vida de los que han tenido la dicha de aspirarlo; por eso su cuerpo se rinde al dolor físico cual lindo capullo que apenas abierto fué tronchado por despiadado huracán! ¡Por eso se descubren sus sufrimientos aunque quieran ocultarlos!

¡Son tantos los disgustos que les damos á las madres y tanta la amargura que les causan!

Cuando los hijos hemos realizado actos censurables siendo desobedientes y desaplicados, no yendo á la escuela, no estudiando en casa, no aplicándonos en el trabajo, malgastando el dinero, no teniendo cuidado con los trajes, los libros ó los juguetes, riñendo con los hermanos ó compañeros, burlándonos de las personas mayores, de los pobres ó desgraciados, ó dejando de auxiliar á los necesitados, pudiendo hacerlo, ellas con dulzura nos han reprendido para conseguir la enmienda; con oportunas y sensatas reflexiones nos han

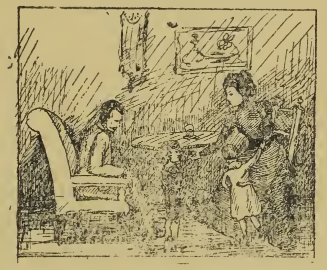
hecho observar nuestro mal proceder, sin participárselo al padre, para evitarle el disgusto que ella ha tenido, paladeando á solas el acíbar con sus infinitos pesares, porque no son sólo los hijos los que necesitan su apoyo, su socorro, su cariño y su ternura.

Los cuidados domésticos; la salud de los padres, hijos y hermanos á veces; las necesidades imperiosas de la vida cuando no se dispone del dinero necesario, agrían el carácter del hombre que aun siendo laborioso, honrado y esclavo de su deber no dispone de lo necesario para sostener con decoro á su famliia, y en este caso, por desgracia muy frecuente, las peticiones de los pequeños que la madre no puede satisfacer, la tristeza y el mal humor del padre, aunque trate de ocultarlo, son otros tantos motivos de angustia para la que quisiera convertir su casa en soñado paraíso.



III

Para el paseo, para el teatro, y aun para reuniones familiares, hacen falta abrigos, trajes y una porción de chucherías indispensables á cierta edad, y la madre, á pesar de su laboriosa habilidad para confeccionar vestidos, blusas y sombreros, tiene que rendirse á la evidencia y dar de comer á todos, complacer en parte á unos y engañar á otros, menos á su pobre corazón, que calla y sufre, porque conoce la verdad, que le asusta y martiriza.



Pero supongamos que en la infancia de los hijos los padres disponen del capital necesario, y la madre puede atender todas las necesidades y hasta los caprichos. Como la felicidad en este mundo no es completa ni duradera, nada más fácil que ver á los niños enfermos, peligro que preocupa constantemente á los padres, y sobre todo á la

madre, que está de continuo á su lado.

La rosa, el sarampión, las anginas, indigestiones, enfriamientos, fiebres infecciosas ó tifoideas, la difteria, meningitis, etc., etc., acechan el momento



oportuno para cebarse en la población infantil, y por desgracia para los padres y para sonrojo de España, ¡se ven tantas cajitas blancas, unas cubiertas de lujosas coronas y otras sin una flor, aunque la cabecita del ángel que la ocupa lleve como corona de brillantes una guirnalda de cristalinas perlas que brotaron de los ojos de su madre!

IV

¡Qué horror! Si nos fijamos en los datos estadísticos invocados por el doctor Sr. Bejarano, inspector general de Sanidad interior, al hacer observar la meritoria labor del Dr. Ulecia como fundador en Madrid de la nunca bien ala-

bada institución «La Gota de Leche», veremos que al año mueren en España CIEN MIL niños (1) cabalmente por defectos de lactancia, de alimentación, por separar á los niños de los cuidados, de la ternura y la vigilancia de la madre, que nada puede reemplazar.

¡Qué horror y qué vergüenza, repetimos! ¿No es verdad que al leer estos datos aterradores sentís tremenda angustia en el corazón, aunque no tengáis hijos? Decidnos qué sentirá el de la madre, la lucha y el martirio que el suyo sostiene para disputar á la muerte la vida de su hijo, que durante el insomnio ó la fiebre, le dice que le cure y no le abandone un instante, que no le deje morir, y temiendo que la muerte los separe quiere estar en su regazo y abrazarla estrechamente, hasta que no teniendo fuerza sus manecitas, perdidas sus energías físicas, se aproxima el momento fatal, y con-

(1) El valor de lo hombres, según la edad, es un gran capital para la nación.

centrándose la vida en sus pupilas, las fija en las de su madre, mientras en su diminuta boca, que fué nido de besos purísimos, henchidos de vida y alegría, se posan los lívidos colores de la muerte y sin estertores ni sacudidas, se dibuja en ella leve sonrisa de despedida cuando su alma sube al cielo acompañada de los ángeles que bajaron por ella. ¿No recordáis la hermosa poesía de Selgas?

V

La cuna vacía.

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro,
murmurando á su oído dijeron:
«vente con nosotros»;
vió el niño á los ángeles
de la cuna en torno,
extendiendo los brazos les dijo:
«me voy con vosotros».
Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.
De la aurora pálida,

la luz fugitiva,
alumbró á la mañana siguiente,
la cuna vacía.

¿Pero y el dolor y la desventura de la madre, que suponen tantos afanes, tantas privaciones y tantas esperanzas perdidas? ¿Quién las mitigará, quién le prestará consuelo y resignación?

El dolor, el sufrimiento inapreciable de otra madre, el incomparable y dócil sacrificio de otro hijo, son los únicos que pueden servirle de ejemplo y prestarle fortaleza.

Nuestra religión tiene como base, como augusto signo de redención, el sacrificio voluntario de Jesús; pero con ser inmensamente grande, sublime y cruento, todavía hay otro mayor; el de la Virgen, que sufrió todos los martirios del Hijo, coronados con la tortura despiadada, infinita, sin límites de la madre.



¡Por eso encuentran inapreciable consuelo en la reli-

gión, divinizada por el amor de la que siendo la más buena y santa de todas las madres, fué siguiendo los pasos de su Hijo hasta la cumbre del Calvario, y después de verle objeto de la befa y el escarnio, el insulto y la estúpida y punzante ironía de aquella turba soez y descreída, cubierto su sagrado rostro de polvo y saliva y su divino cuerpo de cardenales y heridas le vió morir en la cruz, pidiendo el perdón para sus verdugos.

¡Por eso las madres españolas y cristianas, cayendo de rodillas, vuelven sus enrojecidos ojos hacia el Gólgota, donde ven á la Virgen Santa apurando la copa del dolor hasta las heces! ¡Por eso aquellas desventuradas madres tienen ante sus ojos el ejemplo de la que, tomando de la crucifixión de su Hijo una dulce fortaleza dió al martirio los esplendores de la majestad en el sufrir!





CAPITULO V

En la adolescencia.

Sumario.

I. Transformación del niño al entrar en la adolescencia.—II. El niño pasa á ser el hombrecito que discurre y se da cuenta de su destino, de lo que vale la aplicación y el estímulo para hacerse hombre.—III. Cómo ha de recordar el niño cuanto se le ha enseñado y cómo ha de fructificar la instrucción que ha recibido para ejercer una carrera, profesión ú oficio.—IV. La agricultura como medio para reponer las energías físicas.—V. Deberes patrióticos para difundir la instrucción en las clases populares. Quiénes deben hacerlo, en qué forma y con qué medios.

I

Al entrar el niño en ella experimenta su cuerpo y su inteligencia notable transformación; se ponen los jalones y se dibujan los contornos cada día más claros y perfectos de la gran obra educadora que ha de dar por resultado la adquisición para la familia, el Estado y la Humanidad de un nuevo ser cuyas grandes virtudes han de ser fiel reflejo de los sentimientos que deben conmover su corazón y de los vibrantes destellos de la belleza moral que debe albergar en su alma.



Por eso es tan interesante su preparación para cuando entre el niño en esta fase de su vida, pues durante ella

se han de confirmar y fortalecer las gratas visiones que cual ejemplar dechado han puesto ante su vista los padres para impresionar su retina, su cerebro y su corazón, cuando se empezó á desarrollar su inteligencia con la educación y la instrucción que le proporcionaron aquéllos en el hogar y el maestro en la escuela.

II

El niño pasa á ser hombrecito; se van fijando en su espíritu los anhelos del bien; el cariño hacia sus padres y hermanos se va ensanchando y fortaleciendo; las ideas de relación se presentan más claras y fijas en sus contornos, adquiriendo cada día mayor intensidad; su razón se explica la causa, no sólo de aquel cariño, sino del que ha de sentir hacia sus semejantes, es decir, hacia todo aquel que necesite simpatía moral, auxilios y consuelos de todas clases.

Su inteligencia, cada día más despierta, le hace comprender la necesidad del estudio, de la aplicación continua; se explica las recomendaciones de sus

padres y de sus maestros, y la emulación, el estímulo que debe sentir para estar á la altura de sus compañeros más estudiosos y aplicados en la clase, en el taller, en la fábrica ó en el campo.

Estas ideas le hacen pensar de modo reflexivo, le hacen sentir con el acicate del que se cree mortificado en su amor propio si el día de los exámenes no pudiese obtener un premio y presentarse en público con la satisfacción, con la aureola del que no sólo experimenta el placer que causa el deber cumplido, sino que proporciona á sus padres y preceptores el incomparable gozo de ver colmados sus deseos y sus esperanzas y premiados también sus afanes y sus desvelos.



Así como para ser presentada en el mundo, la señorita adolescente debe poseer la educación y la instrucción exigida por la buena sociedad, para que su aparición sea causa de regocijo y admiración, á semejanza de lo que

ocurre cuando la vista de los hombres de ciencia, auxiliados del telescopio, descubre en los espacios etéreos una estrella que viene á aumentar con su brillo y esplendor el esplendor y el brillo de otras muchas que ya conocíamos, así también el hombre y la mujer en su adolescencia deben estar en condiciones para entrar con paso firme en el camino que señala el comienzo de su porvenir mediante el estudio, la laboriosidad incansable y la general y peculiar cultura, que debe adquirir para cumplir sus fines en este mundo. Y desde este momento, siempre de modo progresivo, ha de caminar hacia la noble aspiración de su perfeccionamiento físico, intelectual y moral.

III

Si sus padres y maestros le han iniciado en los ejercicios que tienen por base y objeto proporcionarle solaz y recreo, procurando su desarrollo físico, debe continuarlos con el deporte más á propósito, no sólo en el gimnasio, en la natación, en la esgrima, sino en el campo, al aire libre, á semejanza de

la instrucción que se da en las escuelas que allí se establecen en el extranjero y también en algunas provincias de España, donde al mismo tiempo que con los libros y la enseñanza se da alimento al espíritu, ideas al cerebro y sensaciones gratas al corazón, se da también á los niños aire, oxígeno, luz y alegría que proporcionan el bienestar y la necesaria energía á los pulmones.



Ha de recordar constantemente el niño que han de desarrollarse su cuerpo y su inteligencia de modo armónico y paralelo: «Mens sana in corpore sano», decían los latinos.

IV

Cuando el estudio, las vigilias, los esfuerzos mentales del hombre de ciencia, del escritor, del artista, del comerciante, del empleado sujeto á un penoso trabajo burocrático debilitan sus

facultades y su organismo, éstos encuentran su mejor alivio y reconstitución en el campo viendo revolotear pájaros y mariposas alrededor de las plantas y las flores, mecidas por las brisas españolas, saturadas del sol y de la alegría incomparable de nuestro cielo y de nuestro ambiente, enriquecido con el sano y grato olor del romero, el espliego, la salvia, el tomillo, la retama y el boj, que fortalecen sus miembros y recrean su espíritu, sobre todo cuando con sus propias manos cuida plantas y flores, árboles y arbustos, que agradeciéndole aquellos cuidados se los pagan con sus aromas y sus frutos, que no sólo le proporcionan placeres incomparables para la vista y el olfato, si que también para la boca y el estómago.



Y esto debe hacerlo por egoísmo teniendo presente el refrán «hacienda, que tu amo te vea», pues aunque el día de mañana el niño convertido en hombre tenga una carrera ó profesión y sea un buen

abogado, médico, escritor, ingeniero, fabricante, artista ó industrial que gane mucho dinero, no por eso debe olvidarse de la agricultura, de la ganadería y demás producciones, dándoles la gran importancia que les dan las naciones más cultas que miran hacia el porvenir para crear una gran riqueza pecuaria, agrícola, fabril é industrial, preocupándose de todos los progresos científicos é inventos de máquinas y abonos y sistemas de cultivo que suponen y son un gran adelanto para el cuidado de los campos, recolección, conservación y transporte de los productos, procurando que estos conocimientos se popularicen y conozcan por toda clase de personas, sobre todo por la población infantil.

V

El medio más eficaz para ello, aparte de la publicación en la «Gaceta» y en los «Boletines Oficiales», órganos del Estado, la provincia y el Municipio, debe consistir en ponerlos al alcance de todas las inteligencias por medio de conferencias de divulgación, de conocimientos ó de extensión universitaria

que deben dar en todos los pueblos los que tengan obligación de hacerlo para favorecer á los que no han podido concurrir á los Centros docentes del Estado ó particulares.

Y téngase en cuenta que la adolescencia, como hemos dicho al principio,



es la edad más á propósito, la ocasión más oportuna para que fructifique la semilla que los padres buenos y cuidadosos depositaron en el corazón y en la mente del que deja de ser niño para empezar á ser hombre.

El porvenir de España y la base de su engrandecimiento están en la agricultura. Así debe hacerse comprender á los niños si queremos que nuestra Patria sea fuerte y poderosa.

Con el desarrollo de aquélla, con los elementos de vida que nos proporcionará, vendrá el aumento de población y el de toda clase de industrias y manufacturas y construcción de ferrocarriles, carreteras y pantanos.

Pensemos la incalculable energía y

riqueza que supone el aprovechamiento de las fuerzas hidroeléctricas de nuestros ríos y tantos saltos de agua, hoy día abandonados, salvo honrosas excepciones. Hay que tener verdadero empeño en que en vez de producir estragos é inundaciones, esos elementos de incalculable riqueza se conviertan, aprovechándolos debidamente, en los heraldos del progreso y de la cultura mundial, que sean admiración de propios y extraños pregonando los progresos de nuestra querida España.







CAPITULO VI

Qué deben enseñar al niño.

Sumario.

I. Qué deben enseñar al niño para inspirarse y lograr el bien general.—II. Desarrollo físico é intelectual.—III. El hombre sano no tiene pereza, trabaja y estudia con gusto.—IV. La bestezuela humana.



I

Deben enseñarle á obrar como hombre reflexivo, procurando que el juicio inspire todos sus actos, recordando siempre que antes de realizarlos debe consultar á su conciencia, y ésta, sin engañarle, le aconsejará enseñándole que no debe hacer á otro de sus semejantes lo que no quiera para él; «quod tibi non bis, alteri non facias», decían los latinos.

Y cuando sea hombre debe obrar inspirándose en la diáfana pureza de las almas sencillas y buenas, pues el obrar de otro modo, con malicia, engaño ó dolo, esto es, en detrimento de las leyes naturales ó positivas, debe tener una sanción moral en la conciencia de los hombres honrados y una pena exigible en todos los Códigos.

Debe pensar que respetando la libertad de cada uno se obtendrá la armonía entre los derechos de todos, y que

respetando los de los demás será respetado el suyo, así en el orden moral como en el jurídico, así en el terreno individual como en el colectivo, así formando parte de la familia como del Municipio, de la provincia, de la nación ó de la Humanidad.

La educación ha de enseñar al niño que para lograr los resultados que acabamos de enumerar lo primero que necesita es fortalecer y avalorar la que ha recibido, con la oportuna instrucción en la escuela, en el Instituto, en la Universidad, en el Ateneo ó en otros Centros docentes, y aun en el taller, en la fábrica, en la granja agrícola ó de experimentación, según sea la clase de conocimientos que deban ó deseen adquirirse. Y aunque los estudios oficiales dan un título profesional que le capacita ó uno para ejercer una profesión, no por eso creemos que el hombre aficionado al estudio no pueda adquirir por cuenta propia, digamos así, esto es, fuera de



aquellas aulas, una cultura científica ó literaria, tan sólida ó quizá superior á aquella que el Estado le ha reconocido oficialmente.

Tanto unos como otros, pueden dar días de gloria á su Patria, honrando las letras, las artes, la agricultura y la industria cuando el hombre tiene energía, aplicación y verdadero amor al estudio.

II

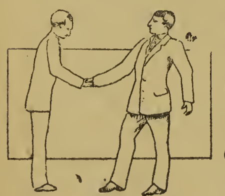
Las personas encargadas de la educación lo primero que deben procurar es que el crecimiento físico surja con la lozanía propia de las plantas que nos encantan con su exuberante desarrollo. Así debe crecer el niño: «Primun vívere dein de philosofare». Así hay que hacérselo comprender cuando se dibujen en su inteligencia las primeras ideas de relación.

III

El niño que tiene robustez, que disfruta de salud, no siente ni concibe la pereza, se dedica con gusto y con amor al trabajo, al estudio, cumple sus obligaciones puntual y voluntariamente, y está siempre contento y satisfecho, ya trabaje en su gabinete de estudio, en su oficina, en el taller, en la fábrica ó en el campo.

Por eso hay que procurar tener y conservar la salud, porque ésta es la base de todo; sin ella no se comprende la vida, pues resulta una carga pesada, un martirio, aun para el que tiene resignación cristiana para saber sufrir y dar ejemplo de conformidad meritoria, imitando á los mártires y á los santos.

Por todas estas razones hay que hacer comprender á los niños que han de



ser los hombres del porvenir, que siempre hay que realizar todo cuanto tienda á mejorar las condiciones fisiológicas de nuestra raza, afeminada hoy, y que tan poco se parece á la de nuestros antepasados, aquellos

hombres de la Edad Media que comparados con nosotros resultaban verdaderos titanes, que manejaban armas é instrumentos tan pesados que nosotros no podríamos utilizar.

IV

Desde hace algunos años, muy pocos (ha dicho de modo muy interesante y provechoso el Sr. Pérez de Ayala), parece que Francia é Italia han comprendido á la postre que la única manera de hacer pueblos es hacer hombres, entendiendo que el ideal pedagógico no se refiere tanto á la educación intelectual y moral cuanto á la educación física, á la cultura del esfuerzo. Tal fué el ideal de los griegos que ellos denominaban con cierto vocablo de prosodia un tanto alarmante para nosotros: Kalekagathia. Tal fué el ideal de la austera República romana, recia y noblemente descripto por Montesquieu en uno de sus más famosos libros. El conocido aforismo «mens sana in corpore sano», traduce en términos vulgares y sentenciosos aquel ideal. Tal es y ha sido el ideal de Inglaterra.

Hay una frase de Johnson que empareja exactamente con el aforismo latino, de suerte que hasta se dijera el mismo aforismo vuelto por pasiva: «todo hombre enfermo es un canalla». Tal es ideal de los Estados Unidos, que, al fin y al cabo, no han hecho otra cosa que exaltar los vicios y virtudes de la vieja metrópoli materna.

Véase hasta qué punto cuidan en los Estados Unidos de la cultura física.

Es cosa sabida que el procedimiento del regalo periodístico por medio del cupón, así como los varios concursos



con premios de los rotativos, es una de tantas formas de «reclame» oriundas de Norte-América, y que luego hubieron de cundir por todo el mundo. Entre estos concursos ó competencias, como por aquí los llaman, merecía particular favor el de los niños: ¿cuál es el niño más guapo? ¿Cuál es el mejor vestido?, etc., etc. En las ferias que anualmente celebra cada ciudad, de ordina-

rio en otoño, suelen celebrarse muchos y muy originales concursos.

En 1908 la señora Frank de Garmo organizó en Shreveport un concurso denominado «Bater Babies», ó sea «Los niños mejores». Este comparativo «mejores» no se refiere á la buena crianza ó natural disposición moral del niño, como se podrá echar de ver sabiendo que el concurso era solamente entre niños menores de tres años, comprendiendo también los recién nacidos. Se refiere á las condiciones físicas, y es el niño mejor aquel que más se acerca á cierta norma ó patrón de perfección previamente fijado para cada edad. El concurso despertó gran interés. A poco una importante revista ilustrada, «Womans's Home Companion», anunció el mismo concurso, dándole gran publicidad.

Actualmente el movimiento en favor de la mejora de los niños es el más popular en los Estados Unidos.

La mayor parte de los Estados confederados han instituído oficialmente este concurso conforme á bases rigurosamente científicas. El concurso se celebra cada año, y en los presupuestos hay cantidades considerables para pre-

mios. Los premios, sin embargo, de acuerdo con la naturaleza del concurso ofrecen una novedad peregrina, y es que no son otorgados á los niños que ganan, sino á aquellos, de entre los que han perdido, que durante los seis meses siguientes al concurso han mejorado más. Para los concursos que en los diferentes Estados han de celebrarse este otoño, hay inscriptos más de 100.000 niños.

Se trata, pues, para emplear el justo americanismo, tanto de frase como de pensamiento, se trata de «la standardización del niño». Esto es muy importante, y conviene saber lo que quiere decir. «Standard» en inglés viene á ser algo así como arquetipo, ó cuando menos el más alto tipo de perfección asequible. Todas las cosas tienen su «standard», Por ejemplo, del mejor libro acerca de un asunto determinado se dice que es un libro «standard»; la plata de ley es plata «standard».

Aun cuando un poco crudo de expresión, merece copiarse lo que el Outlook» escribe con ocasión de este concurso: «Si existe un «standard» para terneros y lechones, ¿por qué no ha de haberlo para niños, de suerte que to-

das las madres conozcan la meta adonde deben llegar?

Los extremos que abarca el concurso son los siguientes: «edad, altura, peso, circunferencia del pecho y abdomen, simetría, cualidad de la piel y de la grasa, cualidad de los músculos, presa de la mano, huesos de la espina dorsal, del cráneo y del pecho, largo, ancho y circunferencia de la cabeza, distancia pupilar y forma de los ojos, forma, tamaño y posición de las orejas, forma y tamaño de los labios, forma y tamaño de la frente, forma y condiciones de nariz y quijadas, número, forma, tamaño y condición de los dientes, disposición, expresión facial y ocular, atención.»

Este ideal pedagógico que conduce como última consecuencia á la «standardización» del niño, no se detiene en los umbrales misteriosos de la vida que precede al nacimiento. La cultura física comienza simultáneamente con la gestación. He aquí las frases de la madre de un niño que obtuvo un primer premio: «He sido siempre delicada de salud. Por eso me preocupó la constitución que había de tener mi hijo y el cuidado que había de tomarme en me-

jorársela, antes y después de su nacimiento. Comprendía que él tenía derecho á ser engendrado sano y fuerte. Durante mi embarazo procuré hacer mucho ejercicio y dormir al aire libre siempre que me fuera posible. Mis comidas eran muy sencillas. Bebía mucha agua, pura y fría, y comía pan moreno. Todos los días descansaba acostada, una hora por lo menos, de manera que mis nervios estuvieran templados y serenos en todo momento. Evitaba toda clase de preocupaciones. Procuraba pensar bien de todo y de todos. Este régimen que por mí misma nunca hubiera podido seguir, se me hizo fácil y llevadero gracias á la vidita que Dios había enviado á mis entrañas.»





CAPITULO VII

Cómo ha de fructificar siendo hijo.

Sumario.

I. Condiciones indispensables para que la educación fructifique en la inteligencia y en el corazón del niño.—II. Pesares de los padres por las faltas cometidas por los hijos. Su alegría con la enmienda de aquéllos. Justa reflexión que les hace obrar bien.—III. Ternura incomparable de la madre para perdonar al hijo.—IV. Cómo deben recordar los cuidados, los desvelos que constantemente han recibido de ellos, así sanos como enfermos. Castigo que sufrirán los hijos en esta vida y en la otra si no corresponden de igual modo á los padres.



I

La obediencia, la constante aplicación y el fiel cumplimiento, no sólo de los preceptos, sino de todos los deseos de los autores de sus días, han de ser para los hijos constante aspiración de su voluntad.

Si los padres sólo desean, sólo quieren lograr el bienestar de sus hijos ¿qué han de hacer éstos más que secundar con todos sus entusiasmos y sus energías aquellos deseos inmejorables, altruístas, sin igual, de los autores de sus días?

Los consejos, las prohibiciones, los mandatos, todos están inspirados en un fin tan útil como necesario para la salud, la educación y el porvenir de los hijos. Si éstos en un momento de duda ó por un capricho injustificado han de-

jado de atender una advertencia, un consejo, un mandato de aquéllos, el olvido de los mismos, la inobservancia, la desobediencia, han traído para ellos un quebranto inmediato en su salud ó en sus intereses.

La experiencia, cuyas lecciones cuestan tan caras, les ha enseñado que nadie como sus padres, nadie como su madre, puede aconsejarles mejor, porque nadie les quiere con mayor y más noble desinterés, con más intenso cariño, con más dulce ternura.

II

Cuando los hijos después de haber cometido una falta, han visto que el semblante de aquéllos se ha puesto sombrío, velado por una nube de tristeza que empañara el dulce mirar de una madre, quizá han creído que era desvío lo que sólo era pesadumbre y pena, porque ellos habían cometido una falta, á pesar de las advertencias que aquellos les habían hecho para evitarla.

Por eso han podido observar que cuando han dado muestras de arre-

pentimiento y de enmienda, cuando con el natural temor han buscado con humildad el perdón, en el semblante de la madre han visto con alegría incomparable, con admiración infinita, que el sol de la felicidad volvía á dar calor á su pecho, porque en las pupilas de la autora de sus días brillaban los destellos del amor más puro, más grande y más abnegado que se puede sentir en la tierra.



III

Al observarlo el hijo, al obtener el perdón con la enmienda de la falta, al corregirse á sí mismo, ha visto que la madre, después del sufrimiento que ha paladeado por el mal proceder del hijo, cuando ha logrado de éste el reconocimiento de que sólo se trataba de conseguir lo que podía favorecerle, ha comprendido que el egoísmo de las madres sólo desea y persigue la felicidad de los hijos, haciendo, no sólo abstrac-

ción de la suya, sino sacrificándola



siempre para lograr la de aquellos hast llegar al martirio voluntario (1).

La síntesis de este capítulo, todo cuanto puede y debe hacer un hijo, cómo ha de fructificar el amor filial en su pecho, cómo de vibrar en su alma, está expresado en una sola palabra: obediencia.

IV

Obedeciendo los mandatos de sus padres tendrá salud, tendrá bienestar, y verá con sin igual alegría, comprende-

(1) Cuéntase de un hijo que estando ciegamente enamorado de una joven, en sus juramentos de amor le decía que para probarle que era verdad, estaba dispuesto á hacer cuanto ella le exigiese:

—Pues bien—díjole ella—; tráeme el corazón de tu madre.

Ciego por la pasión, el hijo arranca el corazón á su madre, y corriendo se dirige á la casa de la mujer amada llevándolo en sus manos; pero en el dintel de la puerta tropieza y cae, y al levantarse para seguir su atolondrada carrera oye la voz de la autora de sus días que, saliendo de aquel corazón ensangrentado, le dice con su habitual ternura: «¿Te has hecho daño, hijo mío?»

rá con verdadera satisfacción que obedeciendo, no sólo consigue su felicidad, sino que labra la de sus padres que depende de la suya.

Cuando el hijo comprenda cuánto es el cariño y la abnegación de los autores de sus días, entonces fructificará en su pecho el amor filial para que siendo padre llene su misión en este mundo para enseñar á sus hijos á ser buenos para con sus padres, como á él le enseñaron á serlo con los suyos.

No deben ni pueden olvidar los hijos que el comportamiento que ellos tengan con sus padres, que las consideraciones y muestras de respeto y de cariño, que los sacrificios que hagan por ellos cuidándolos cuando lleguen á la vejez, ó cuando se hallen imposibilitados ó enfermos, lo aplaudirán en este mundo las buenas personas, y Dios con su infinita misericordia, su inmensa sabiduría y su inapelable justicia, lo premiará ó lo castigará, según hayan sido buenas ó malas las acciones de los hijos para con sus padres.



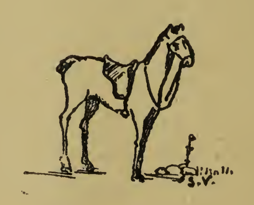
Y no sólo en la otra vida, sino en esta terrenal nos demuestra la experiencia que los hijos que no respetan á sus padres no les atienden, no les socorren y no les cuidan con la abnegación y el mimo de que ellos les hicieron objeto, sufren los hijos el condigno castigo antes de morir (1).

(1) Refiérese de un hijo que conducía á cuestas á su padre para dejarle en el hospital, y que fatigado se sentó en un poyo para descansar.

—Aquí mismo descansé yo hace muchos años, cuando en igual forma que tú lo haces hoy llevé á mi padre al hospital, donde murió separado de sus hijos.

—Pues entonces volvamos á casa, padre mío; trabajaremos día y noche para cuidarle á usted, y en último caso, si Dios así lo dispone, morirá usted en los brazos de sus hijos, que recogerán su último suspiro y cerrarán sus ojos.

Dios premió al buen hijo para que ni su padre ni él murieran como había muerto su abuelo en el hospital.





CAPITULO VIII

Como siendo padre.

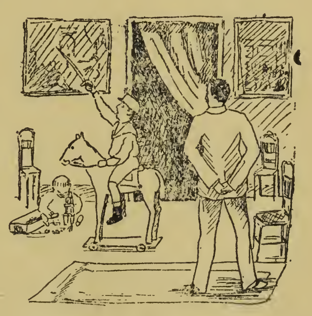
Sumario.

I. Deberes del padre para con sus hijos. II. Cómo debe adivinar y utilizar las aptitudes de ellos para la carrera ó profesión para la cual sean idóneos.—III. Cómo se deben conocer las aptitudes ó aficiones de cada hijo.—IV. Costumbres de familias, equivocadas para dar carrera á los hijos, sobre todo á los primogénitos.—V. La agricultura como profesión indispensable en España.



I

El amor materno y el amor filial que sintetizan los grandes amores que hemos de sentir hacia nuestra querida España deben fructificar de varios modos en el niño cuando llega á ser padre.



Los deberes de éste son grandes; su misión es delicada, su trabajo continuo y meditado. No sólo el trabajo diario que le proporciona lo necesario para vivir él y su familia, sino el porvenir de sus hijos le deben preocupar constantemente.

II

Aunque la madre es un auxiliar poderoso que labora constantemente para el porvenir y el bienestar de sus hijos educándolos debidamente, cuando se trate de dar carrera ó elegir profesión



para ellos, el padre es el que debe actuar en primer término, reuniendo y aquilatando los datos que su buen juicio, la experiencia y la observación le han proporcionado. Dando siempre á sus hijos alto ejemplo de aplicación y de verdadero amor al estudio, ya se dedique á las ciencias, literatura y artes ú oficios, debe estimularlos procurando descubrir sus aptitudes y sus deseos para darles la carrera, profesión ú oficio para el cual sean más idóneos y por ende resulte de su agrado, pues así es como será útil y fructífero el estudio y el trabajo cuando se utilizan las buenas disposiciones de los que deben ejercer una profesión ó carrera.

III

El que tenga poca afición á la Medicina y tiene aprensión para visitar enfermos de dolencias, no sólo contagiosas, sino naturales; el que es pusilánime y no sólo no podría efectuar operaciones quirúrgicas en las cuales hay que usar la cuchilla y el bisturí, sino que no podría presenciar ni prestar ayuda alguna para curar al que tenga heridas y por ellas esté en trance de muerte, á ese niño, á ese joven, no se le debe obligar á que contra su voluntad estudie Medicina, aunque su padre la ejerza; éste puede ser un buen médico, un buen operador, un buen cirujano, aquél sería un mal médico y no por culpa suya, pues ejerciendo la profesión con repugnancia, desde luego será él el primer sacrificado, y luego los enfermos que él tuviese que curar.

IV

La costumbre en las familias de que el hijo mayor, por ejemplo, ha de ser médico ó farmacéutico, porque el padre lo es, tiene más de rutinaria que de acertada; si el hijo mayor no tiene condiciones ni vocación para ello, puede tenerla otro hijo, y éste es el que debe seguir aquella carrera.

Esto que decimos de la Medicina es aplicable á las demás carreras, profesiones ú oficios.



El ojo avizor del padre, su fina observación, deben descubrir cuáles son las aficiones del niño, y no sólo no debe contrariarlas, sino favorecerlas para que lleguen á su completo desarrollo.

Uno tiene afición á construir coches ú otros aparatos de locomoción, así terrestres como marítimos ó aéreos: désele medios y libros que traten de la navegación terrestre, fluvial, marítima

ó aérea, y quizá será un gran mecánico, un buen constructor, un audaz piloto, porque le seduce la máquina que corre sobre la tierra, se desliza sobre el río ó sobre el mar ó cruza los espacios aéreos de modo vertiginoso, siquiera esta clase de «sport» supongan peligros que su serenidad afrontará con gallardía para dominar á todos los elementos y tratará de construir y dirigir vapores, coches y máquinas para el ferrocarril, globos, aeroplanos, submarinos, barcos de guerra, acorazados, etc.

V

Si el padre observa que el niño tiene afición á los paseos para visitar las propiedades rurales, las viñas, huertas y jardines, que es amigo de los árboles, las plantas, hortalizas, flores, etc., etcétera, désele facilidades para que estudie el cultivo de las especies que sean de su agrado y se verá que según vayan desarrollándose su cuerpo y su inteligencia tendrá flores en las macetas, en el jardín, en la huerta, cuidará de sembrar hortalizas y tener

árboles frutales y se esmerará en toda clase de cultivos de cereales.

Todo ello, hecho con verdadera afición, con cariño y con arte, demuestran las aptitudes del que puede ser un buen agricultor.

Lo mismo decimos de las demás profesiones. Haciendo patria el padre debe decir á sus hijos que todos los hombres son útiles á la sociedad y cumplen su misión en este mundo, lo



mismo el hombre de ciencia, el literato, el dramaturgo, el artesano, el mecánico, el industrial, el ingeniero, que el hombre del campo, el agricultor, y también el que arranca los tesoros en las entrañas de la tierra. El padre debe decirles que todos aquellos, siendo honrados y laboriosos, son dignos de consideración y estima, y que la mano que estrechamos encallecida por el azadón ó por otro instrumento de trabajo es tan útil á la sociedad como la enguantada que sólo tiene perfumes y coque-

tería para tener los dedos muy cuidados y las uñas muy sonrosadas y limpias (1).

El padre y la madre deben decir á los niños todo eso y mucho más, porque deben dar á la sociedad hombres útiles, laboriosos, honrados y magnánimos, que se descubran siempre con respeto y doblen la frente cuando ante sus ojos fulguren los espléndidos destellos de la belleza moral, lo mismo si palpitan en el pecho del pobre, que siendo ignorante, es laborioso y honrado, que si los descubren en el hombre de ciencia, á quien la sociedad ha premiado poniendo en sus sienes las pal-

---

(1) En ocasión de un viaje que hizo á Roma D. Emilio Castelar, fué invitado por los padres Jesuítas para que visitase su residencia en la Ciudad Eterna.

Cuando le enseñaron la huerta llamó su atención la presencia de un infeliz cretino, á quien el gran tribuno dirigió una mirada de compasión.

Sentóse Castelar en la mesa de los padres, y ante los manjares más exquisitos, llamó poderosamente su atención por su incomparable gusto un melón que se sirvió, y al preguntar á los padres dónde lo habían adquirido, le contestó el padre prior con melíflua palabra y picaresca sonrisa: «El infeliz cretino que á usted le ha llamado la atención es el que pone las pepitas, cuida las plantas y pone los melones en la mesa cuando le parece oportuno.

mas y el laurel que deben á los grandes hombres que proporcionan á sus semejantes progreso y cultura, riqueza y bienestar.





CAPITULO IX

Edad viril.

Sumario.

I. ¿Qué es la edad viril en el hombre? II. Paralelo entre la vida física y la intelectual.—III. El corazón y la inteligencia en este período deben dar los frutos que da un árbol bien cultivado. IV. Capacidad que esto le da para ser un buen ciudadano y un buen gobernante.—V. Puntos de vista que el padre y la madre les han hecho estudiar á sus hijos.



I

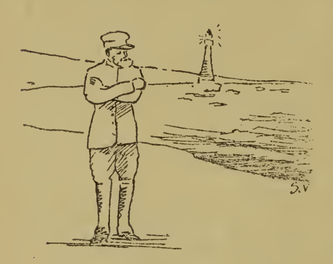
La edad viril en el hombre es la plenitud de la vida. Si la infancia es la tímida aurora que aparece entre celajes blanquecinos seguidos de una luz tenue y blanca cual la inocencia del ser que viene al mundo, y la senectud son los débiles resplandores de una luz, de una vida que se extingue, que llega al ocaso en el curso dilatado de su carrera, donde termina nuestra existencia á través de este mundo, la edad viril es la luz meridiana de esa misma vida



que centellea en la cúspide de su carrera con toda la fuerza y el esplendor que puede dar ese destello divino llamado inteligencia con que Dios distinguió al hombre, como rey de la creación.

II

La vida física llega entonces á su apogeo, á su completo desarrollo; pero á la vez, en amigable consorcio, por encima de la materia, centellea la luz de la razón, el caudal de conocimientos, la especulación científica, que sirven al hombre para cumplir sus deberes en este mundo, y que cual faro luminoso tiene ante su vista y guía su inteligencia, que busca la verdad y el humano progreso, sintetizados en la realización de la belleza moral.



III

El corazón y la inteligencia del hombre en este período de vida pueden compararse al árbol que bien cultivado desde pequeño llega á su mayor desarrollo y rinde los más codiciados frutos.

Los autores de sus días, y sobre todo la madre, han preparado su corazón y su inteligencia para ello. El niño bien educado para el bien, para la abnegación cristiana, para el estudio de las ciencias, las artes, para la administración pública, para los problemas sociales que prácticamente se le han hecho conocer siendo aún pequeño, ese hombre en la edad viril será un buen padre, un buen ciudadano, que honrará su nombre, el de su pueblo y el de su Patria.



Cuando sus conciudadanos le confíen su mandato será buen representante del pueblo en el Municipio, en la Diputación provincial, en las Cortes y en la gobernación del Estado.

IV

El que es buen padre de familia, celoso administrador de los bienes familiares, laborioso y honrado lo será siem-

pre, porque siempre recordará con cariño y con orgullo á los autores de sus días, que le enseñaron á obrar de tal modo que todos sus actos fuesen otros tantos empeños de pundonor que dejasen satisfecha y tranquila su honrada conciencia.

«No sólo no has de ser malo, sino que ni siquiera has de parecerlo», le ha dicho su madre desde que tenía uso de razón.

«Siempre has de aprovechar el tiempo con alguna labor útil», le ha dicho su padre. «Aunque te hayas examinado y á fin de curso hayas obtenido algún premio, no por eso te has de dormir en los laureles.» «En verano debes distraer tus ocios estudiando ciencias recreativas y útiles y has de cultivar el deporte que te proporcione salud y solaz al mismo tiempo.»



«Como yo lo hago has de ir de madrugada al campo, sobre todo en verano, y sentirás un gran placer as-

pirando entre flores y plantas, pájaros y mariposas. Verás con satisfacción los árboles frutales que has puesto por tu propia mano y aun hortalizas y plantas, flores y arbustos que tú has cuidado y que embellecen la viña, la huerta y el jardín. Todo esto tiene grandes atractivos para la vista, el paladar y el olfato.»

V

«Como tú sabes, yo les hago notar á mis convidados, que las flores que adornan la mesa, las ricas frutas que saborean, las hortalizas que tanto alaban y la pechuga del capón que paladean con deleite en nuestra mesa, es la fruta de los árboles que hemos cuidado con nuestra propia mano, así como la hortaliza y las flores que hemos sembrado y atendido con mimo, y el capón que hemos cebado dándole la comida para él más apetecida, y más sabrosa para nosotros también, si no para entonces, con refinado egoísmo, para la señalada fiesta que hubiere de presentarse en la mesa.

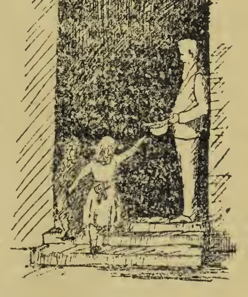
»Y mira, hijo mío, todo eso y mucho más que es el orgullo de nuestra

despensa, como son golosinas caseras, jamón, embutidos, fruta en almíbar, mostillo, dulce de tomate, higos, pasas, almendras, nueces, manzanas, peras y ricos panales de miel, lo hemos obtenido sin perjuicio ni detrimento de nuestra inteligencia, sin descuidar las horas de estudio en nuestra modesta biblioteca, ni menos desatendiendo nuestros deberes profesionales, dejando de visitar á los enfermos ni olvidar nuestras obligaciones, que si son preferentes porque debemos cumplirlas fielmente, no por eso son más útiles ni más indispensables que la agricultura.»

Si natural y necesario es para la existencia de la sociedad que haya jueces, médicos, abogados, ingenieros, artistas y literatos, etc., principalísima es la obligación de atender al desarrollo de la agricultura que nos da de comer y que en un país como el nuestro ha de ser la que constituya la mayor riqueza si cultivamos la tierra y sabemos utilizar las inmejorables condiciones de nuestro suelo y de nuestro clima. Hay que tener gran empeño en decírselo á los niños y hacérselo creer: España será rica el día que se cultive toda la tierra

hoy abandonada é improductiva, y sin levantar mano se conviertan en tierras de regadío las que no lo son y que debieran serlo ya que nos sobra agua, si se aprovecha la de los ríos que hoy sólo producen inundaciones.

Durante la edad viril, con su trabajo, sus energías y sus cálculos, el hombre debe poner todo su empeño en labrar la felicidad de su familia y de sus hijos procurándoles un porvenir decoroso al mismo tiempo que les ha proporcionado una educación cristiana y esmerada y una cultura notable, que al mismo tiempo que honre el apellido que llevan sea también motivo para que los demás españoles sientan emulación y noble satisfacción cuando observen que aquellos honran y enaltecen con sus palabras y sus obras á esta madre común, á nuestra querida España.



El hombre bien educado é instruído es apto para todo, porque sus padres han acomodado su inteligencia, sus costumbres y sus energías para satis-

facer todas las necesidades físicas, intelectuales y morales, así suyas como de sus semejantes.

«Mira, hijo—le ha dicho su padre—, así que tengas capacidad y puedas ejercitar tus derechos políticos, has de tener presente que en los pueblos civilizados, los que los dirigen y gobiernan lo primero que deben hacer es construir una iglesia, una escuela y una imprenta.

Una iglesia, porque no hay pueblo que no tenga religión, y en su casa hay que adorar á Dios como creador y redentor nuestro.

Una escuela, porque el estudio y el saber le elevan sobre todos los demás seres, dando alimento á su inteligencia y á su corazón.

Una imprenta que sea portavoz de todos los conocimientos y adelantos mundiales que á diario conquista la Humanidad para lograr su bienestar y su cultura.

Has de pensar que las autoridades que gobiernan los pueblos han de tener constante empeño en que los locales destinados á escuelas sean amplios y ventilados, de grandes condiciones higiénicas, que atraigan á los niños y

llenen cumplidamente sus fines intelectuales y morales (1).

Han de cuidar de que las poblaciones tengan calles anchas con arbolado y jardines si es posible, casas higiénicas y baratas para los hombres y las calles y paseos empedrados y limpios.

Toda población moderna debe tener agua potable, que es el primer elemento de vida y de higiene, buena red de alcantarillado, matadero y lavaderos públicos en buenas condiciones de limpieza, lo propio que la plaza de abastos

(1) Los preceptos de la religión cristiana se deben enseñar en la escuela, porque son la base y el fundamento de la moral universal; los sólidos cimientos donde descansa el orden y la justicia necesarios para la existencia de la sociedad son el freno, el muro de contención que sujeta las desbordadas pasiones de los hombres; son amor y caridad hacia nuestros semejantes, afligidos por enfermedades ó desdichas; son destellos de luz divina confortante y consoladora que nos alientan en nuestras tribulaciones; son iris de paz, de confraternidad universal; son abnegación y sacrificio por todo aquello que tiene como objetivo la belleza moral.

Muchos hombres políticos, grandes pensadores y demócratas, lo han dicho: «No queremos enseñanza sin religión en las escuelas; no queremos que la inteligencia y el corazón de los niños, combatidos por toda clase de pasiones humanas, se estrellen cual frágil embarcación, que á merced de las embravecidas olas lucha sin gobierno, di-

y los edificios para Ayuntamiento y demás oficinas públicas.

Que en cuanto á la instrucción de los niños debe preocupar á los Ayuntamientos, la enseñanza agrícola que se les debe dar en las escuelas y que han de comprobar en el campo, en granjas agrícolas y de experimentación, hasta que se convenzan en absoluto de que el verdadero desarrollo de la riqueza y de la industria en España vendrá con el perfeccionamiento de la agricultura y repoblación de los montes.

---

rección ni fuerza en el proceloso mar de la vida humana.»

El que fué Presidente de la República española, el gran demócrata Castelar, decía en día solemne ante la representación nacional: «Si algún día volviese al mundo de que partió, volvería ante el altar que le inspiró los más grandes sentimientos de su vida; volvería á postrarse de hinojos ante la imagen de la Virgen Santa, cuya dulce sonrisa resonara sus primeras pasiones; volvería á empapar su espíritu en el aroma del incienso, en las notas del órgano, en la luz cernida por los vidrios de colores y reflejada en las doradas alas de los ángeles, eternos compañeros de su vida en su infancia, y al morir pediría un asilo en la cruz, bajo cuyos sagrados brazos se extiende el lugar que más amó y veneró sobre la faz de la tierra: la tumba de su madre.»

Esa bendita cruz, decimos nosotros, es la que queremos y veneramos: ella nos tiende los brazos de redención cuando venimos al mundo, y ella nos cobija después de la muerte.

El que sea buen español en esta edad se ha de preocupar hondamente de todos estos problemas, y aunque tenga una carrera científica no ha de desdeñar los trabajos agrícolas, que debe conocer y enseñar á sus hijos y á todos los niños, para que teniendo afición al cultivo de árboles, plantas, flores y arbustos, aumente la riqueza de su patrimonio, al mismo tiempo que saliendo al campo proporcione solaz al espíritu y energías y reposo á sus miembros con el ejercicio sano y conveniente y con la satisfacción inmensa de tener para su recreo flores y frutas que ha obtenido con el trabajo personal suyo.

El hombre laborioso y útil á su familia no pierde ni malgasta un solo día de su vida. «Labor omnia vincit.» Hay que trabajar en el bufete, en el estudio, en la fábrica, en el taller, en el campo, en la huerta.

Trabajar y siempre trabajar; producir y siempre producir.

Los pueblos que no trabajan ni producen son absorbidos y explotados por los que son laboriosos. Son como un pobre paralítico á quien se da de comer mientras tenga dinero; cuando no

lo tiene, olvidado de todos, se muere de hambre.

El trabajo es vida, actividad, movimiento, producción, progreso y riqueza, y el que no se mueve ni trabaja va á la zaga para todo lo útil, llega tarde siempre, cuando hay que llegar el primero para todo lo útil, si no se quiere ser pobre.

Siendo ricos seremos adulados y servidos y podremos tener la seguridad de que nuestro territorio y nuestros derechos serán respetados, porque nuestro Ejército y nuestra Marina bien organizados y fuertes los harán respetar, primero con la fuerza de la razón, y en último caso, con la razón de la fuerza.

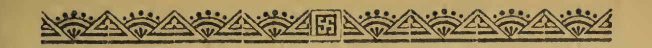
Todas estas bellas realidades ha de perseguir el hombre en la edad viril, y como complemento de ellas ha de tener presente que los hombres que dirijan la administración y el gobierno de un país han de ser honrados, han de pensar que el gobernante debe dar ejemplo de moralidad, de modestia y de buenas costumbres, porque si no lo hace así mal podrá perseguir y castigar las faltas y delitos, el fraude en el peso ó medida ó la adulteración de los artículos de primera necesidad ó la venta

en malas condiciones, de los mercaderes sin conciencia, que engañan, envenenan y roban al público, cometiendo actos punibles que la autoridad municipal y la gubernativa en su caso, deben castigar sin contemplaciones.

Los que gobiernan y administran la hacienda pública han de tener presente que «los pueblos no obedecen las leyes si no les dan ejemplo de obediencia los magistrados».

Este ha de ser el fruto de la buena educación en la edad viril.





CAPITULO X

En la vejez.

Sumario.

I. Cómo se aquilata la buena educación.—II. Defectos de los hombres que no la tienen ó la olvidan.—III. En qué consiste, según Jacinto Benavente, y ejemplo de las buenas madres tan amantes de sus hijos como de los pobres. Reflexiones altruístas de gran valor social y político.—IV. La experiencia del hombre en la vejez para saber tratar á los buenos y á los malos, supliendo así la enseñanza ó la educación que no se les ha dado.



I

La educación recibida en el regazo de la madre, sintetizada en la rectitud de criterio y en la nobleza de sentimientos para obrar siempre bien, sin dolo, engaño ni disfrazada malicia; los buenos consejos que aquella depositó en su pecho para que cual preciada semilla fructificara de modo espléndido cuando el niño fuese el ciudadano del porvenir, se ponen á dura prueba con los disgustos, las contrariedades infundadas, que produciendo grandes amarguras aquilatan el valor moral en el crisol donde se funden las virtudes humanas.

El niño bien educado, hijo de una madre cristiana, sufre desengaños y sinsabores inmerecidos apenas empieza á vivir, porque no todos los hombres son buenos, ni todas las madres educan como debieran á sus hijos, ni éstos

por tal causa y por otras accidentales obran con la buena fe, con la noble intención que aquellos otros.

II

El abandono de sagrados deberes en los padres, la mala enseñanza ó el mal ejemplo que se da á los pequeños, las pasiones humanas que flotan en el ambiente y que tienden á corromper y hacer malos á los hombres bastardean y empequeñecen lo que debiera ser fruto de una buena educación, traducida en desinteresados y altruístas servicios hacia nuestros semejantes.

La vanidad, el odio al trabajo, la codicia, el orgullo, la intención aviesa que se confunde con el mérito y el talento para escalar los primeros puestos donde se disfruta de gran influencia, se dispone de prebendas y destinos, cobrando buenos sueldos, que muchas veces no se ganan, endurecen el corazón de los hombres y les hacen crueles, ambiciosos, con una codicia insana, soñando siempre con elevarse sobre sus semejantes, olvidando muchas veces á los que les encumbraron, á quienes mi-

ran con desdén, porque lo que se debe al azar ó al favoritismo les parece á los engreídos justo reconocimiento de cualidades intelectuales ó morales de que carecen.

Y en general, si éstos que se creen seres privilegiados no se acuerdan ni protegen á los que les han servido y les han ayudado á llegar á la meta de sus ambiciones, ¿se acordarán de los pobres, de los desheredados de la fortuna, aunque sean honrados y laboriosos, y se cuenten entre sus administrados?



Las personas de rectitud y de buen corazón oyen invocar con pena á todas horas el vulgar estribillo de que no se escucha ni se hace justicia al que no se le teme. Esto que presenta de modo descarnado el estado de descomposición de la sociedad actual, quizá sea una dolorosa verdad que hay que combatir por todos los medios.

III

Ha dicho el insigne Jacinto Benavente: «No olvidemos que el volar muy alto de nuestro entendimiento, acaso no es tanto por virtud de su fuerza, como de su ligereza, tal vez porque al volar hemos dejado caer el corazón.» ¡Qué hermoso pensamiento y qué amarga reflexión!

Para la constitución de la familia, el Estado y la sociedad, lo primero que se debe exigir al hombre es que tenga sentimientos nobles, como inspirados por una buena madre, cristiana hemos dicho en estas páginas, de clara inteligencia, que eduque al niño en tal forma que jamás olvide sus preceptos y sus consejos grabados en el fondo de su alma con el buen ejemplo y las buenas acciones. Para ello es necesario que la madre les dedique toda su vida sin abandonarlos ni un instante, sin dejarlos al cuidado de ayas ni preceptores que les educarán á su manera, con apariencias de gran cultura, pero de modo alguno como saben y deben hacerlo las buenas madres, aun las de clase modesta.

Estas les enseñan á querer y socorrer á los pobres; les inculcan el amor al trabajo y á la virtud, les enseñan á ser tolerantes y sufridos, les descubren las miserias de la vida, el modo de huir de ellas y remediarlas; les dicen que hay que estar preparados para sufrir todas las contrariedades y desdichas; les indican los medios para combatirlas, y siempre les recuerdan sus deberes para con Dios, la Patria y sus semejantes.



Si la familia ocupa una buena posición social les dice que con el trabajo constante y el ahorro deben conservarla, y que en medio de su felicidad no deben olvidar nunca á los desgraciados, á los enfermos, á todos aquellos seres que aun siendo honrados y laboriosos tienen necesidades imperiosas que no pueden satisfacer.

Les recuerdan al acostarse que á ellos, los mimos de su madre les dejan acostados en la cama blanda y limpia, después de haber cenado bien, cuando

hay otros seres en el mundo que no tienen cama como ellos, que no han comido ni tienen casa donde albergarse.

Les recomiendan que todos los días, aun haciendo un pequeño sacrificio que les prive de algún juguete ó de alguna golosina, deben remediar alguna desdicha inevitable ó inmerecida que aflige á algún desgraciado, y que haciéndolo así sentirá el inefable gozo del deber cumplido y dormirá tranquilo, porque los ángeles arrullarán su sueño y repetirán en su oído las bendiciones de los socorridos.

Les dice á sus hijos que sentirán inmensa satisfacción cuando piensen que el facilitar trabajo á un padre de familia, el socorrer á una viuda ó á unos huérfanos desvalidos, ó enseñar al que no sabe, educándolo con buenos consejos, además de ser una obra muy meritoria á los ojos de Dios, quizá libre de la desesperación, del hambre, á seres inocentes ó se redima de la ignorancia á un ser que no podría ser responsable de sus malas acciones, porque no tiene conciencia de las consecuencias de sus actos. Por eso en el ocaso de la vida han de fructificar los grandes amores, las bellas enseñanzas maternales que han

de ser las que guíen los actos de la Humanidad.

IV

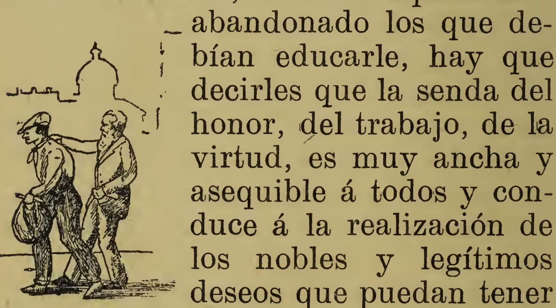
El hijo que llega á la vejez, no sólo posee el caudal de belleza moral que le legó la autora de sus días, sino que, con la experiencia y la observación continua, con las amargas lecciones de la vida, las ingratitudes y los desengaños ha aprendido á obrar de modo práctico, acomodando sus actos á las conveniencias de la vida real.

Un hombre bueno y experimentado ha de saber conocer y tratar á los malos para que éstos, por medios indirectos, lleguen á comprender y aceptar lo que puesto ante sus ojos con la desnudez de la filosofía y de la belleza moral les parecería altamente odioso ó digno de burla.

Un hombre trata de cometer un hurto ó un robo; pero si á ese hombre se le dice que él puede trabajar y ganar lo que necesite para cubrir sus necesidades; que las leyes sociales le protegen

para los accidentes del trabajo con la limitación de las horas que ha de durar, para que tenga casas higiénicas y baratas, etc., etc.; que el dinero que gane trabajando el mueble ó la ropa que adquiera constituirán para él una propiedad exclusiva contra la cual nadie puede atentar porque le amparan las leyes; en este caso, con tal advertencia puede despertarse en su alma el sentimiento del bien por medio de la legítima ambición que le puede proporcionar todo cuanto necesite para vivir.

A este hombre, que no le educaron cuando era niño, al niño á quien han abandonado los que debían educarle, hay que decirles que la senda del honor, del trabajo, de la virtud, es muy ancha y asequible á todos y conduce á la realización de los nobles y legítimos deseos que puedan tener los hombres y que llenan el pecho de satisfacción y el alma de nobles anhelos.



Hay que decirle que el camino contrario, tortuoso y lleno de peligros y vilipendios, conduce á la desesperación, llena el pecho de amarguras, pisotea la

belleza moral y conduce de modo seguro al presidio ó al patíbulo.

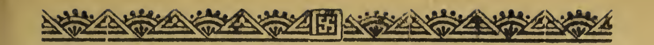
Si á él se le ha enseñado á odiar al capital, á los que poseen propiedades y riquezas, se les debe decir que muchos de sus poseedores fueron pobres, y con el trabajo y el ahorro se han hecho ricos, como puede serlo él si obra con el mismo tino.

De modo práctico hay que enseñarle que el jornalero que no gasta todo su jornal es un pequeño capitalista, pues los ahorros de un día serán al año 365 veces mayores y constituirán una modesta cantidad que se convertirá en un capital al cabo de algunos años, tanto más si se ha tenido el cuidado y el acierto de emplearlo en negocios lucrativos dirigidos con asiduidad y acierto por sí mismo.

Por eso debe fructificar en la vejez el inmenso cariño de las madres que late en el pecho de los hijos y que ha de consistir en amar la virtud, el trabajo, todo lo que pueda hacer de los hombres buenos hijos y buenos ciudadanos que honren y enaltezcan á la primera madre que tuvieron, que les dió el ser y el calor de su regazo, así como la segunda, esto es, nuestra querida Espa-

ña les dió la felicidad para vivir en un país tan hermoso y tan privilegiado como es el nuestro, que nos proporciona todo lo que necesitamos durante nuestra vida.



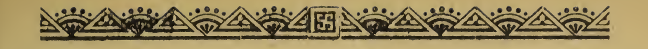


CAPITULO XI

Dentro de su Patria.

Sumario.

I. Cómo han de hacer sentir el amor patrio en España, la educación y la instrucción.—II. Por egoísmo y por agradecimiento hemos de querer y honrar á la Patria.—III. Actos que hemos de realizar para lograr tal empeño. Agricultura y repoblación de los montes, obras públicas, etc.—IV. Instrucción pública, administración de justicia.—V. Ciencias, artes y literatura.



I

Dentro de la Patria ha de fructificar la educación, demostrando el hombre en todos sus actos que la plenitud de sus facultades la dedica á sus dos madres, enalteciéndolas hasta conseguir el bello ideal que debe acariciar todo buen hijo y que debe consistir en la veneración que nos han de inspirar los grandes amores que ambas nos han dispensado desde que nacimos.

La primera que hemos tenido nos dió el ser y parte de su vida y el calor de su regazo donde pasamos los primeros años de la vida.

Nuestra querida España nos ha dado á todos los españoles este fértil suelo, que nos proporciona cuanto necesitamos para vivir con toda clase de frutos y golosinas, así como el mar, los ríos y los lagos nos ofrecen las codiciadas especies que los pueblan para satisfacer nuestro apetito y nuestra gula.

La debemos el pedazo de suelo donde se levanta nuestra casa, la alegría de este cielo español poblado de estrellas y el sol que fertiliza nuestro suelo privilegiado que cual incomparable alfombra está tapizado de flores, de aromas y de belleza.



La contemplación de nuestro cielo y de nuestro suelo, la vista de sus montes y sus prados, sus vegas y sus jardines, comunican alegría al espíritu, nobles expansiones á los sentidos, y ponen ante nuestros ojos la prodigiosa armonía de todo cuanto existe en la naturaleza para hacer agradable la vida al hombre que Dios creó para que fuese el rey de su obra maravillosa.

II

Por egoísmo, pues, nos debemos esforzar para conservar con el trabajo una obra tan necesaria, tan útil y tan bella.

Por eso debe emplear sus energías

para que el producto de los árboles, las plantas y las flores le compensen sus desvelos y su trabajo. Ya que la naturaleza es pródiga con él debe procurar que nada le falte, pues si la tierra no se cuida y no se riega ni se limpia, mal podrá estar en condiciones para producir lo que el hombre necesita.

De modo consciente y provechoso debe prepararla, pues que ésta responderá agradecida. El trabajo todo lo puede; la semilla ha de echarse en la tierra convenientemente preparada para que fructifique, y esto sucederá si el campo está limpio de malas hierbas, raíces y cizaña, que merman ó destruyen las cosechas.



III

Como á las plantas á nosotros nos cuidaron desde que nacimos, y aun antes nuestras buenas madres, y con las reglas aplicables á nuestros cuerpos, según la higiene, nos proporcionaron la limpieza que ahuyenta y destruye la suciedad que impide el natural y opor-

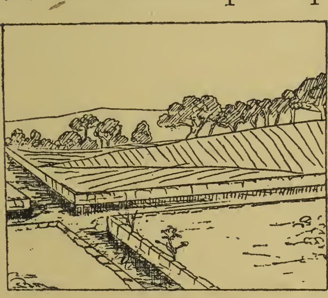
tuno desarrollo de nuestros miembros, como las malas hierbas impiden el de los vegetales.

Ha de tener presente el hombre que este es su primer deber, el de cuidar la tierra, pues sin agricultura no puede vivir un país, y sobre todo un país de inmejorables condiciones para el cultivo de los árboles, de las plantas, flores y arbustos como el nuestro por las envidiables condiciones de su suelo y de su clima.

Si los españoles le damos la importancia que debe tener entre nosotros, cuando llegue á su completo desarrollo, con las codiciadas producciones que pueden obtenerse en España, á su sombra y con su riqueza aparecerán otras muchas industrias que aumentarán nuestras comodidades y nuestro bienestar, así como nuestra población, cuyos brazos se necesitarán para el campo, para las fábricas y talleres, y para toda clase de trabajos para los cuales tal vez faltarán, así como hoy día, por desgracia, sobran, teniendo tanta tierra inculta é improductiva sin producir lo necesario para que coman los desdichados que, arrojados como fardos en las inmundas bodegas de los barcos que

se dedican á transportar carne humana, cruzan los mares llenos de tristeza y de dudas, porque con las lágrimas en los ojos dejaron su corazón y su alma en un rincón de la tierra española donde ellos nacieron y donde reposan las cenizas de sus antepasados, cuya fosa tantas veces santificaron con sus besos, sus oraciones y sus lágrimas.

Para la prosperidad del país, por instinto de conservación, por decoro nacional, hay que cuidar con solicitud y con mimo á la agricultura poniéndola en condiciones para que produzca mucho más de lo que necesita nuestra población; para ello hay que contar con canales de riego y de navegación, si es posible, ya que tenemos ríos y arroyos con suficiente caudal para ello, y que en vez de producir inundaciones y estragos, como sucede ahora, han de llevar la fertilidad á todas partes cuando las lluvias naturales no lo hagan.



Hay que tener en cuenta que con la

repoblación de los montes vendrán las lluvias de modo periódico y constante, y que el agua de los pantanos y canales no sólo puede servir para el riego de los campos, sino que su fuerza motriz empleada en fábricas y talleres puede y debe ser un poderoso elemento de riqueza y economía para la industria fabril y manufacturera que debe producir dentro de España cuanto necesitamos en toda clase de industrias y artículos para vestir, para construcción de edificios, de muebles, y cuanto puede exigir la vida moderna, hasta conseguir que no seamos tributarios de la industria extranjera, y nuestra balanza mercantil acuse una exportación muy superior á la importación en cuanto á los artículos de producción nacional y de uso más general, así como la importación rebase con mucho á la exportación en cuanto al numerario.

Conseguido todo esto, podrá atenderse á las obras públicas realizando todas las que sean necesarias, teniendo en cuenta que los gastos que sean reproductivos—como dicen los economistas—deben realizarse siempre.

IV

Se podrá atender á la instrucción pública teniendo muchos maestros idóneos y bien retribuídos, con escuelas que reunan buenas condiciones de higiene, esparcimiento y comodidades que atraigan y seduzcan á los niños produciéndoles solaz y recreo y les enseñen deleitándoles en vez de ser lugares malsanos, obscuros y tétricos que les inspiran tedio y aversión.

Al mismo tiempo se podrá atender debidamente á la administración de justicia, base fundamental de la vida de los pueblos cultos, donde se pueden ejercer todos los derechos de la ciudadanía moderna ; pero teniendo siempre presente que el derecho de uno está limitado por el derecho de los demás.

Hay que leer en nuestra conciencia el principio que Dios escribió allí y que invocaban ya los jurisconsultos romanos: «No hagas á otro lo que no quieras para ti.»

Atendida esta necesidad, vendrá la reorganización del Ejército y la Marina con arreglo á nuestras necesidades,

pero dotándoles de cuantos elementos de combate necesiten para cumplir sus altos fines, recordando el axioma «Si vis pacem para bellum».

Hay que decir y creer que queremos y aceptamos todo lo que sea progreso y cultura en toda clase de adelantos mundiales que sean hijos del trabajo, del estudio, de la bondad, de la belleza moral, que, como



creada por Dios, convierte á todos los hombres del universo en hermanos; pero si algunos de éstos, mal aconsejados por sus pasiones ó por sus ambiciones desmedidas, dejan de invocar el derecho para hacer uso de la fuerza, en este caso el instinto de conservación aconseja y manda que se responda con los medios oportunos y eficaces para repeler y castigar el atropello, con la fuerza necesaria y prontamente empleada.

V

Y como no sólo de pan vive el hombre, claro está que con el desarrollo de la vida agrícola, industrial, fabril y comercial, ha de venir el de la vida científica, artística y literaria en sus variadas y útiles manifestaciones en Universidades y Ateneos, Círculos y teatros, estudios y talleres, donde la cultura y el arte nacional se cultiven y atiendan con el cariño de que siempre han hecho hermoso alarde nuestros filósofos, dramaturgos y hombres de estudio y nuestros artistas, que tantos días de gloria han dado á su Patria, á las ciencias, á las letras y á las artes.



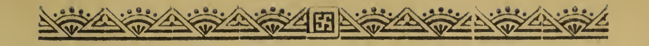
Así se ha de sentir y ha de fructificar el amor filial dentro de la Patria.

CAPITULO XII

Fuera de la Patria.

Sumario.

I. Cómo debe de sentirse el amor patrio fuera de España. El correr del cielo por Salvador Rueda.—II. Recuerdos de la casita y de la familia.—III. Cómo piensan en su Patria y en su madre al morir los soldados españoles.—IV. Cómo nos dan ejemplo de amor á España las golondrinas que nacieron en tierra española. La primavera, por el Sr. Jara Carrillo.—V. D. Ramón Cabrera y D. Juan Prim como españoles. VI. Cómo deben pensar todos los que lo sean.



I

El amor materno, el amor filial y el amor patrio debe mostrarse con igual gallardía, ó mayor si cabe fuera de España que dentro de ella.

El hijo lejos de su país siente las añoranzas que nos entristecen y nos atormentan de continuo, pensando en las dos madres hasta que regresamos á nuestro hogar, á nuestra Patria, con la alegría infantil del que vuelve á la casita de sus amores y de



los recuerdos de la niñez, repletos de inocencia y de alegría, de luz y de colores, de amor y de poesía, como iluminados por los resplandores del sol y del cielo, de nuestra querida España, la primera del mundo por su incomparable belleza.

No hay español que hallándose fuera de España no tenga fijo el pensamiento en la tierra que le vió nacer y que tanto le enseñaron á amar y enaltecer sus padres y donde transcurrieron los años más felices de su vida (1).

---

(1) EL CORRER DEL CIELO

El pasaje duerme;
mi espíritu vela,
deslízase el buque por la superficie del mar in-
como una centella. [finito
Borróse ya España
en el horizonte cerrado de niebla,
Europa quedóse escondida
tras la raya trémula
que oculta el inmenso horizonte
cual redonda puerta;
solo á media noche,
solo y suspirando de vaga tristeza,
miro como corre sobre el combo espejo del mar
la noche que vuela. [de dos mundos
Los labios del alma,
un adiós sollozan á su antigua tierra
viendo que una línea del mar evapora
una vida entera.
¿Dónde quedó el viejo solar de la raza?
¿Dónde sus proezas?
¿Dónde sus altares y sus Evangelios?
¿Dónde sus espadas, dónde sus espuelas
y sus remolinos de frentes gloriosas
y sus altas torres y sus mil banderas?
Así suspiraba con voz afligida,
de luto y tragedia,
al dejar las ciudades insignes
del jardín que mi vida meciera,
y cuando creía que sólo bogaba

II

¡Cómo no ha de acordarse, si allí está su madre, la viejecita de sus in-

---

por el gran Atlántico de roncas cadencias
y que sólo avanzaba mi espíritu
desde Europa al confín de la América,
buscó á Dios mi angustiosa mirada
arriba en las altas esferas.
Y vi con insólito asombro
que no estaba sola mi pena;
me seguía veloz, me seguía
con todos sus vivos temblores de estrellas,
con todos sus vivos chispazos de soles
y toda su vasta grandeza,
la comba sublime del cielo de España
erizada de santas hogueras,
llena de escrituras y de jeroglíficos,
cual si fuesen palabras supremas,
y el cielo corría, corría, corría,
con sus hervideros de lumbres excelsas,
con sus torbellinos de moles radiantes,
con sus anchos ríos de chispas que tiemblan.
Y volaba, y volaba, y volaba,
siguiendo del buque la loca carrera,
lo mismo que un palio grandioso de mundos
que desenvolviese sus flecos de luces
y sus cataratas de hirvientes milagros sobre mi [cabeza.
Y al ver ese pasmo sublime,
al ver á la Patria que el alma venera,
irme acompañando
como un deslumbrante rodar de cometas,
el llanto borróme de pronto
aquella visión gigantesca,
y caí de rodillas llamando
á mi pecho con ruda violencia,

extinguibles y santos amores; su padre, sus hermanos, sus deudos y amigos pensando en su cariño, en su regreso y en la alegría que han de sentir el día que le vuelvan á estrechar en sus brazos? ¿Cómo es posible que todo esto lo olvi-



---

y exclamé: —¡Salve, oh cielo de España,
que me sigues, me alumbras y besas!
Y aquí traigo el cielo en carrera tendida;
mirad su divina elocuencia;
es el libro abierto donde, balbucientes, habéis
al Espíritu Santo hecho lenguas, [presentido
El cubre los techos de vuestros hogares
donde vuestros hijos llorando os esperan,
y cubre el sagrado sepulcro
de vuestros padres que aguardan inmóviles en
oir exaltados [postura eterna
del juicio final la trompeta,
para rebullirse, saltar de las tumbas
y buscar vuestros seres queridos abriendo los bra-
Levantad al cielo [zos por toda la tierra.
las nobles cabezas;
ved como nos siguen las raudas cabrillas
que parecen idilio de ovejas
en rediles de luz que hemos visto
desde que de niños á Dios contemplamos por la
[vez primera.
Y cual trazos de lumbre sagrada,
ved los astillejos que siguen la huella

de el ausente, si hasta el leal perro, el fiel guardián de la casa, el amigo inseparable de la familia, el viejo Cla-

---

que atrás deja el buque partiendo el Atlántico
al trazar su ruta con las circulares mariposas
[raudas de sus tres estelas.
La estrella del Norte nos sigue
como una mirada de justicia austera
que nos manda hasta el fondo del pecho
su luz de deber y nobleza.
Y el lucero fugaz de la tarde
allí viene cual ascua que rueda;
él bañó con su luz nuestra infancia
sobre los valles que abrigo nos dieran.
Viene la luna cual disco guerrero
de un arcángel de ardiente melena,
que lo esgrime valiente en los aires
cual si fuese rotunda rodela.
El camino veloz de Santiago
como enorme horario del cielo chispea;
es el lecho nupcial de los mundos
en donde germinan futuros sistemas.
Todo el cielo viene corriendo, rodando
como incendio de chispas que ciegan
y fingen los ojos abiertos
de la raza y sus áureas leyendas,
ojos de sus héroes, ojos de sus mártires,
ojos de sus vírgenes y de sus ascetas,
ojos de sus próceres y sus paladines,
ojos de sus sabios y de sus poetas,
que nos siguen, nos siguen, nos siguen,
para ver si honramos en Patria extranjera
sus libros, sus báculos, sus palmas de triunfo,
sus crisoles, sus ígneas cimeras,
sus bisturíes, sus liras de oro,
y su balumba de grandes prodigios y glorias in-
Españoles que amáis la Argentina [mensas.
y en Buenos Aires fijásteis la tienda,

rín le espera para colmarle de caricias, echándose á sus pies para velar su sueño cual centinela diligente que nunca se deja rendir por la fatiga ni sorprender por el engaño ó la traición para avisarle á la primera novedad que ocurra?

Aun en la guerra, cuando los altos intereses de la Patria reclaman del hombre toda su atención, todas sus energías y hasta su vida, no deja de acariciar la halagadora esperanza del regreso, y en todo caso las manifestaciones de imborrable amor filial, aun en la hora de la muerte, se dan á conocer de modo conmovedor y sublime.

---

para vivir á la sombra que tiende
su hospitalaria y sublime bandera,
no os traigo riquezas; fué pobre mi cuna;
no os traigo el poder: es humilde mi diestra;
no os traigo la gloria; es obscura mi frente;
ni sabiduría; es indocta mi lengua;
os traigo el portento del cielo de España,
os traigo la Patria hecha estrellas,
¡para que os cubráis cual con templo infinito
las altas cabezas!

SALVADOR RUEDA

III

Cuando la guerra de Cuba obligaba á nuestras fuerzas á permanecer muchos días en despoblado, sin poder atender debidamente á la curación de los enfermos con las continuas marchas entre ciénagas y fangales, sucediendo á los frecuentes chubascos los ardientes rayos del sol de los trópicos, era conducido por sus compañeros un soldado á quien consumía la fiebre, en tales términos que dejó de existir á las doce de la noche de un día tan señalado como el de Nochebuena, conservando su lucidez hasta los últimos momentos.

—Mi teniente—le decía poco antes de morir al oficial de la fuerza—; escriba usted á mi madre y dígale cómo he muerto y dónde está mi sepultura; que mi último pensamiento y el último latido de mi corazón son para ella y para España, y si recibe usted carta suya para mí y vuelve á pasar por este sitio, lléguese donde esté mi cuerpo y léala en voz alta, puede que yo la sienta.

—Muchachos, de rodillas—decía el teniente cuando doblaba la suya y se descubría con respeto, estrechando entre las suyas la mano de aquel buen hijo y buen soldado, al cual dedicaban sentida oración, mientras resbalaban las lágrimas por los curtidos rostros de aquellos buenos hijos de España.



IV

¿Cómo es posible que el que esté fuera de nuestra Patria no mire con envidia y no adore á las simpáticas golondrinas que quizá dejaron en el alero del tejado de su casa el cuidado nido donde nacieron sus hijos? No puede haber español que con el pensamiento y el corazón no las acompañe en su raudo vuelo cuando cruzan la inmensidad de los mares en demanda de las costas españolas y buscan asilo para descansar en las naves que llevan la enseña roja y gualda al tope.

Allí se las acoge con cariño, porque

sus tripulantes y pasajeros tienen la misma aspiración; todos desean pisar tierra española; por eso, subidos en lo más alto de los palos y las vergas escudriñan el horizonte para lanzar un ¡hurra! de alegría cuando en lontananza entre el oleaje y la bruma descubre los enhiestos picos de los montes que rasgan las nubes ó las arrogantes cúpulas y gallardas cresterías de nuestras Catedrales que cual gigantes de granito muestran á través de los siglos los alientos de una raza y los primores del arte cristiano español en sus soberbias manifestaciones.

Si al aparecer la primavera nos las oyésemos que nos saludan desde su nido, ó puestas en los balcones ó ventanas llamándonos con cariñoso interés para que nos levantemos á gozar del grato espectáculo del amanecer entre rayos de luz esplendorosa, oleadas de oxígeno y



perfumes de plantas y flores que llegan del campo y de los jardines, creería-

mos que no existía la primavera, porque ésta no se concibe en España sin plantas de exuberante y casi tropical desarrollo, sin capullos, sin flores, sin perfumes y sin golondrinas (1).

---

(1) He aquí cómo describe la primavera el Sr. Jara Carrillo:

Huyó la nieve deshecha
sierra abajo, sierra abajo,
reventaron los claveles
en rojas ondas rizados;
su sangre nueva, la tierra,
en la amapola ha cuajado;
han tejido la corona
triunfal los verdosos pámpanos,
adornó el sol sus corceles
con luminosos penachos,
y detrás del viejo, muerto,
lentamente caminaron
rayos de luz, amapolas,
claveles, lirios y pámpanos.

Van á enterrar al invierno,
envuelto en blanco sudario,
hacia la tumba camina,
porque su fin ha llegado;
coronas de crisantemos
cubren su féretro blanco
en la carroza de nubes
de tristes corceles cárdenos.
al escuchar el miserere,
que entona el mundo al finado,
se asoman á los balcones
entre macetas de nardos
y enredaderas frondosas
y claveles azulados,
ojos que son pensamientos,
amapolas que son labios.

V

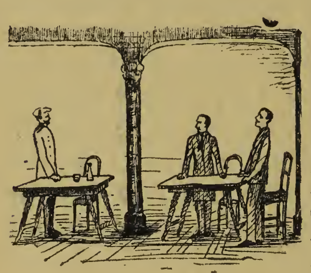
Además de la piadosa leyenda que nuestras madres nos contaron siendo pequeños diciéndonos que las golondrinas, más compasivas que los hombres, arrancaron con sus diminutos picos las espinas de la frente de Jesús estando en la cruz, recordamos lo que nos han hecho observar nuestros padres y maestros diciéndonos que las golondrinas y otras avecillas son los mejores amigos nuestros, que nos prestan incalculables beneficios destruyendo mi-

---

De par en par los cristales
abren ansiosas las manos,
y sube hasta la azotea
el olor del incensario
en que el sol quema piadoso
la blanca flor del naranjo.
Perfuma el olor á la vida,
y en un suspiro callado,
da una oración al invierno
hasta el tomillo serrano.
¡Piedad de la primavera,
no olvides al enterrado!
Luego harás sus funerales
en los altares de Mayo
con una cruz de claveles
y un incensario de nardos.

llones de insectos que tanto perjudican á las personas y á la agricultura.

Tan gratos recuerdos nos hacen sentir de modo muy intenso y constante el amor que profesamos á nuestras dos madres: la que nos ha dado el ser y nuestra madre común, la España de nuestros benditos amores, y éstos no sólo laten con fuerza en el fondo de nuestra alma, sino que se manifiestan con gallardía donde quiera que haya un español, donde quiera que exista un hombre que haya nacido en esta hidalga tierra, donde del mismo modo que no se ofende á nadie tampoco se tolera una ofensa dirigida á nuestra Patria, sin que el merecido castigo siga á la ofensa.



Recordemos dos hechos históricos para poner de manifiesto cómo fructifica el amor filial fuera de España.

VI

Hallábase en una cervecería de Londres el general D. Ramón Cabrera, y como oyera que unos concurrentes que ocupaban una mesa próxima á la suya hablaban de España en forma mortificante para nuestra Patria, levantándose de su asiento cogió una botella y la tiró contra la cabeza del que así se expresaba, al cual más tarde hirió en desafío.

—Aunque el partido liberal me tiene aquí emigrado—decía el bravo D. Ramón—, no consentiré, mientras viva, que nadie en mi presencia ofenda á España sin imponerle por mi mano el inmediato correctivo.

Emigrado se hallaba también en Lisboa el general D. Juan Prim, cuando supo que se iba á celebrar allí una fiesta nacional, durante la cual se ponía en ridículo y se ofendía la bandera española.

Presentóse el bizarro general á quien podía evitarlo, y con la energía en él característica le dijo que si alguien pretendía hacerlo estaba dispuesto á

ponerse al frente de los emigrados españoles para impedirlo á todo trance. Y el acto mortificante para nosotros no se llevó á cabo.

Observemos que estos dos generales españoles eran los representantes de los dos partidos opuestos: el partido carlista y el partido liberal; pero esto no obstante, como buenos hijos de España, uno y otro sentían latir en su corazón el amor hacia la Patria, que siempre debe estar por encima del interés de partido que tantas desdichas ha traído sobre nuestra querida España, desangrándola y empobreciéndola con sus odiosas guerras civiles.

Pensemos con alteza de miras; inspirémonos siempre en los sublimes ideales del amor filial hacia nuestras dos madres; recordemos imitándolo el hermoso ejemplo que nos dan nuestros hermanos de la América española, poniendo de manifiesto cómo fructifica el amor filial fuera de España.



Las suscripciones y los donativos, en especial el apoyo moral que nos han prestado los españoles que viven allí, ¿no evidencian de modo consolador cómo se manifiesta el amor de los buenos hijos aun separados de la madre Patria por la inmensidad de los mares?

Los Gobiernos han de estrechar los vínculos de confraternidad entre los españoles de aquende y allende el Atlántico y con las iniciativas de arriba, con la comunión de ideas en artes, en literatura, industria y comercio, con la unión y el sincero afecto de hermanos, hijos de la misma madre, llegarán para nuestra raza nuevos días de gloria, cuando 400 millones de bocas españolas que habiten la América descubierta por nuestros antepasados, demuestren al mundo que nuestro nombre será tan respetado mañana como lo fué durante los siglos XIV y XV.





CAPITULO XIII

En la opulencia.

Sumario.

I. Cómo debe fructificar la buena educación en la opulencia.—II. Cómo se debe auxiliar á los pobres facilitándoles trabajo y medios de vida.—III. Obligaciones que los ricos tienen para con los necesitados.—IV. Necesidad de tener iglesia donde orar, escuelas donde instruir á los niños y bibliotecas, fábricas y talleres para el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria. Aprovechamiento y desarrollo de las fuerzas hidroeléctricas.



I

Si algún día, hijo mío, llegas á tener una fortuna ganada en el ejercicio de tu profesión, ó en empresas ó especulaciones mercantiles, sirviéndote de premio y de estímulo á tu continuo y meritorio trabajo, á tu natural y honrada ambición y á tu constante y previsora economía, no olvides mientras vivas mis consejos para dar á tu dinero un destino tan digno de alabanza como útil para todas las personas honradas que necesiten el apoyo y protección de los que tienen capitales y pueden y deben ayudarles y favorecerles, intelectual, moral y materialmente.

Si las necesidades de tu casa y de tu familia son para ti las que primero debes satisfacer, no por eso has de olvidar que los hogares de tus deudos y convecinos las tienen lo mismo que vosotros, y si tú sabes que en una casa de padres honrados y laboriosos falta el pan por-

que no tienen trabajo, piensa cuál será la situación de aquella familia, y por todos los medios procura dar ocupación



á los que no pueden enorgullecerse con la única nobleza que les enaltece, ya que no pueden mostrar sus manos encallecidas por el trabajo, porque les falta éste, sin ser suya la culpa que les prive de manejar con afán el instrumento que les hace ganar el sustento de su familia con el sudor de su frente; este trabajo se lo debe proporcionar el Estado, la provincia ó el Municipio, y en último, ó en primer lugar, según la educación que han recibido, se lo deben proporcionar los ricos.

II

Cuando tengas la satisfacción de pensar que todos los que quieren trabajar tienen una ocupación decorosa á propósito para sus facultades debe preocuparte la idea de que tus convecinos ó compatriotas reciban la instrucción

tan necesaria como útil y que es el alimento de la inteligencia, así como la realización de la belleza moral es la constante aspiración de nuestra alma, creada á imagen y semejanza de Dios.

Estas necesidades deben satisfacerse teniendo una iglesia donde orar y ponerse en comunicación con Dios, donde el hombre cristiano y sufrido encuentra consuelo y redentoras esperanzas en sus tribulaciones de toda la vida. Ya sabes que te lo he dicho desde pequeño; cuando las pasiones agitan nuestro corazón ruge en nuestro pecho una tempestad parecida á la de los elementos de la naturaleza. El postrarse entonces de hinojos ante la imagen de la Virgen Santa que nos mira sonriendo lleva á nuestros agitados espíritus la calma y el bienestar que ahuyenta la tempestad dándonos consuelo y alegría, como los esplendorosos rayos del sol que dora la cumbre de los montes ahuyentan las nubes que llevaban la tempestad en sus entrañas, y dibujan en el límpido éter que ellas ocuparon el hermoso arco iris como nuncio venturoso de que la borrasca pasó en la tierra como desaparecieron del fondo de nuestro pecho las negras pasiones que

nos afligían envenenando nuestra existencia.

Una escuela, ó mejor, muchas escuelas con enseñanza cristiana, hacen falta en la ciudad, en el pueblo, en el campo.

El hombre dotado de inteligencia de ese destello incomparable que Dios le ha dado, debe pulirla y cuidarla como se trabaja, pule y cincela el diamante, que de otra suerte, sin el meritorio trabajo del hombre que le arranca las innumerables facetas que nos encantan, sería, como se dice en términos vulgares, un diamante en bruto, esto es, un tesoro de belleza de gran valor, debajo de una sucia capa de tierra ó de piedra.

Cuanto más atendido esté el desarrollo de una inteligencia cristiana, tanto más se acerca á Dios la criatura para admirarle y bendecirle. La aspiración natural en el hombre es el saber.



Si en la escuela con las primeras letras se aprende á leer y á escribir, á te-

ner nociones de Gramática, Aritmética, Geografía, Geometría, Historia de España y Sagrada, Religión y Moral, Dibujo, Agricultura y Astronomía, estos conocimientos rudimentarios podemos decir se han de completar en los obreros, proporcionándoles bibliotecas donde puedan concurrir de noche para aprender lo que deseen y les convenga para su oficio ó profesión, sin perjuicio de que los ricos ó los más acomodados y los intelectuales, en todos los pueblos, se preocupen de la instrucción de las clases modestas y tengan verdadero empeño y gusto en levantar su nivel intelectual y moral, dándoles conferencias de divulgación de conocimientos y de extensión universitaria, hablándoles de aquellas ciencias, artes y oficios que apenas conocieron en la escuela y que pueden tener conveniente y útil aplicación para la agricultura, la industria y el comercio.

III

Cuando tengas tu conciencia tranquila, porque todos los que desean trabajar tengan ocupación adecuada, has

de pensar en los que están enfermos é imposibilitados para un oficio, y á éstos hay que ayudarles, y el Estado, con la ley de Accidentes del trabajo, de protección á la infancia, con los Asilos para obreros enfermos ó inútiles, debe atenderlos, y si el Estado no cumple sus altos deberes, porque la Beneficencia oficial llega tarde, mal y nunca (como se dice vulgarmente), en este caso la Diputación y el Ayuntamiento, como naturales protectores de sus administrados, deben llenar aquel vacío, y si éstos tampoco lo hacen, en este caso los particulares, y tú, si llegas á ser rico, debes suplir aquellas sensibles deficiencias, pues así como en España para sonrojo nuestro se construyen tantas plazas de toros, cafés cantantes, tabernas y otros Centros inútiles ó perjudiciales, es necesario que alguien demuestre que esta desdichada regla general tiene excepciones, y veamos con gozo inmenso la construcción de fábricas y talleres, escuelas de artes y oficios, granjas agrícolas, de todo aquello, en fin, que pueda dar trabajo á los obreros, como construcción de pantanos, ferrocarriles, carreteras y caminos vecinales, y en último ó en

primer término la construcción de Asilos para los enfermos ó inválidos del trabajo.

Y en cuanto á la Beneficencia, téngase en cuenta que no son los hombres los que están indicados para ejercerla. Es más, cuando las madres pobres están persuadidas de que una señora tiene el alma piadosa y cristiana, que recibe con cariño á los verdaderamente necesitados, allí acuden éstos con humildad y sin exigencias, porque saben que allí encontrarán compasión y auxilio en sus desdichas.

Yo sé de un hogar donde la madre á la hora de dar el chocolate á sus hijos tenía el mayor placer en socorrer á varias mujeres, que con lo que ganaban sus maridos no podían atender á las necesidades de su casa, pues si tenían para pan les faltaba para vestidos, calzado, medicinas, etcétera. Aquella buena madre atendía á aquellas otras madres, y á una la daba vestiditos de sus hijos, á otra calzado, á ésta algo de su despensa, á aquélla pan



ó harina, á la de más allá medicamentos caseros, á esta otra algunos céntimos, y á todas consejos y esperanzas, y les decía que el trabajo y la honradez nunca quedan sin recompensa, porque Dios inspira á las almas buenas.

Y aquella buena madre cuando se celebraban los días de un venerable sacerdote que había en aquella casa, un anciano de ochenta y ocho años, hombre de gran cultura, maestro de capilla y organista, ó cuando se celebraban los de su esposo ó los suyos, la sorpresa más grata que les daba era invitarles á que presenciaran aquellas personas cómo ella y sus hijos daban un modesto banquete á los pobres, ancianos y enfermos que se habían reunido en aquella casa bendecida por tanto desgraciado.

Y el altruísmo de aquella madre se ejercía visitando y socorriendo enfermos en su casa. En cierta ocasión se desarrolló en la población donde ella vivía con su familia la viruela negra en proporciones alarmantes; ella cuidó á la criada que tenía en su propia casa, y su marido la visitó como médico, y allí se curó la enferma, á pesar de haber niños pequeños que eran sus hijos.

El cuidado del médico y de la enfermera evitó, como era natural, con sus precauciones que los niños se contagiaran.

Y no sólo dentro de su casa, sino que aquella madre fué á cuidar un hijo atacado de tal enfermedad en la casa donde vivía, porque su propia madre, loca de terror, le abandonó, porque en ocho días se le habían muerto otros dos hijos de veintidós y veinticuatro años.

Y de este modo, sin alarde de clase alguna, ocultándose para hacer bien, gozaba aquella madre y enseñaba á obrar bien á sus hijos y á tener satisfecha su conciencia para que su sueño fuese tranquilo, porque si podía procuraba también que los pobres tuviesen una modesta cama donde reparar sus gastadas fuerzas con el trabajo diario, y cuando el frío se dejaba sentir en las habitaciones de los que tienen comodidades y confort en sus casas, les recordaba que hay muchos seres en este mundo que á las angustias propias de la escasez ó del hambre han de añadir las de la falta de ropas de abrigo y de cama.

IV

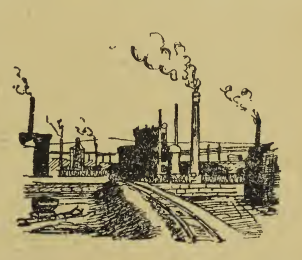
Y todo esto, hijo mío, debe ser constante preocupación de los niños bien educados cuando son hombres y llegan á la opulencia. Hay que pensar en todos los que sean trabajadores y virtuosos, y todos lo serán si se les educa y se les enseña bien.

Esta labor propia de las madres y de los maestros ha de fructificar de modo espléndido en nuestra Patria, y el día que esto suceda, y el día que todos los españoles que están en la opulencia enseñen á sus hijos como les enseñaba á obrar aquella madre, entonces nuestra querida España será la nación más civilizada, culta y laboriosa. El agua de sus ríos llevará la fertilidad á los campos, hoy día yermos é improductivos, aumentándose como es natural las cosechas, y la población obrera, teniendo medios de vida, no tendrá que emigrar. Con el desarrollo de la agricultura florecerán las demás industrias y manufacturas, y llegará á ser una verdad lo que hoy parece un sueño.

El capital asociado con el trabajo lo

logra todo. Obsérvese lo que sucede con el aprovechamiento de las aguas del río Noguera-Pallaresa en la provincia de Lérida, y calcúlese lo que se podría lograr si se aprovecharan las fuerzas hidroeléctricas de otros ríos y saltos de agua de mayor caudal y elevación y mejores condiciones de existencia y duración como las de Sierra Nevada y otros ríos muy importantes de España.

La opulencia de los hijos de una nación se ha de conocer en la opulencia y el desarrollo de su agricultura y de todas las industrias. Si así no sucede, aquellos hijos no cumplen sus deberes, ni dan á sus capitales el empleo patriótico y reproductivo que debieran darles.



Cuando los capitales se utilizan de modo conveniente por los hijos de una nación, en este caso la pobreza, la miseria y el hambre no invaden los hogares de los trabajadores honrados y laboriosos, porque como dice el refrán: el hambre pasa junto á la puerta de

los hombres laboriosos, pero no se atreve á penetrar en ellos.

Y el emplear los capitales en tal forma es lo menos que deben hacer los que quieran honrar su nombre y el de nuestra querida España.

Así debe fructificar, hijo mío (decía la buena madre), la educación y la instrucción cuando el hombre esté en la opulencia. Así lo recomiendan las buenas madres, porque es el mandato de Dios y el mandato de la Patria.





CAPITULO XIV

En la pobreza.

Sumario.

I. El estado natural del hombre no es la pobreza. El trabajo y la economía son la base del capital.—II. Ejemplos de multimillonarios ingleses, norteamericanos, franceses y españoles.—III. El hombre debe librarse de la pobreza con el trabajo constante y la economía si se viese reducido á ella por reveses de la fortuna. Debe obrar de igual modo y tener conformidad y enmienda si la culpa es del que la sufre. IV. La reflexión y el acierto deben evitar los reveses de fortuna.



I

El estado natural del hombre no es la pobreza; ésta puede y debe ser transitoria y producida por reveses de fortuna, enfermedades ó accidentes fortuitos.

Por haber tenido padres pobres ó desgraciados puede uno nacer pobre, pero si al que nace así se le da alguna instrucción, se le aconseja y se le enseña á tener el hábito constante del trabajo, aun perteneciendo á la última clase social, puede abrirse paso, y con su laboriosidad incansable y su talento natural puede adquirir una fortuna.

El trabajo y la economía son la gran palanca para la formación de los grandes capitales, que son el asombro de sus semejantes, como si éstos no hubieran podido hacer lo mismo poniendo en práctica los medios que aquellos utilizaron con constancia y fe inquebrantables.

«Para llegar á millonario hay que nacer sin una peseta», ha dicho Carnegie.

Parece confirmar esta suposición la circunstancia de que la mayor parte de los millonarios no tuvieron como capital inicial más que su espíritu de iniciativa y de audacia, una inteligencia pronta y una idea nueva.



James Gordon Bennett, fundador del «New-York Herald», nacido en Escocia en 1807, fué seminarista; falto de vocación, á los diez y nueve años emigró á los Estados Unidos. Fué corrector de imprenta en Boston, y de allí pasó á Nueva York, donde fué conferenciante, literato y periodista.

Cuando fundó el «New-York Herald», en un sótano de Nassau Estreet, era editor, propietario, redactor, tenedor de libros y aun vendedor de su periódico, y trabajaba diez y ocho horas seguidas, hasta que Mr. Brandrette, dándole un anuncio, le pagó el papel del periódico.

II

Se empeñó en dar informaciones sensacionales. En 1869 envió á Stanley en busca del doctor Livinsgtone, perdido en el centro de Africa, y si bien esta empresa le costó un millón, dobló el número de suscriptores, y cuando murió en 1872 dejó más de 500 millones, sin contar el periódico.

Andrew Carnegie, el rey del hierro, nacido en Escocia en 1837, siendo muy joven fué fogonero de una caldera de vapor en los Estados Unidos, ganando 20 sueldos al día. «Creí perder la vida—ha dicho él—, pero acordándome de la responsabilidad que tenía no dormía de noche.»

A los catorce años fué mensajero, y aprendió por sí el manejo de los aparatos para reemplazar á un empleado enfermo. A los veintidós años, teniendo algunos ahorros, se asoció con Voodruff, inventor de los coches-camas, y en 1868 establecieron grandes acererías en su fábrica de vagones de Pittsburg. En 1901 la fortuna de Carnegie llegaba á 1.000 millones, que después

ha duplicado. Ha dado 50 millones para la biblioteca y hospitales de Pittsburg, é igual cantidad á los de Wáshington y Universidades de Escocia. Creó además el Herosfund, destinado á la recompensa de los héroes de todas las naciones, dotando la institución con 25 millones de francos.

Jay Gould, rey del oro, nació cerca de Nueva York en 1822. Su padre le despidió de casa á los doce años, dándole 2,50 pesetas y una camisa, diciéndole «arréglate como puedas». A los tres años se asoció con un cortador de madera, y ganaba 2.000 dollars al año. A los diez y ocho era inspector de las obras públicas de Boston. Diez años después fundó grandes batanes, y la ciudad de Goullsborongh, teniendo ya 200.000 dollars. A los dos años dobló este capital, y especulando sobre acciones de ferrocarriles acaparó gran parte de las líneas de la Unión. Tiene 1.400 millones y 70 de renta anual.

Entre los franceses se pueden citar, entre muchos, á Arístide Boncicaut, fundador de los almacenes del «Bon Marché». Empezó á los diez y ocho años de cargador que iba de feria en feria, y al morir, en 1877, dejó muchos

millones, y su viuda dividió el capital del «Bon Marché» en 400 acciones de 50.000 francos, regalando 150 al personal de la casa.

Alfredo Chauchard, fundador de los almacenes del Louvre, nacido en 1821, á los quince años tuvo que interrumpir sus estudios por falta de dinero, y se empleó con 100 francos mensuales en



el almacén del «Pobre Diablo». Asociado con M. Heriot, pusieron los almacenes en la calle del Rívoli, Marengo y Saint-Honoré, fundándose así los actuales almacenes del Louvre. Las acciones emitidas á 5.000 francos, rentan hoy 20.000 cada una. Cuando murió el socio de Chauchard en 1879 dejó 70 millones, y Chauchard, que le sobrevivió hasta 1907, dejó á sus herederos más de 250 millones, legando al Estado una colección de cuadros valorados en más de 30 millones.

III

En la lista de millonarios españoles figuran en primera línea Salamanca, Manzanedo, Antonio López, Matías López, Sáenz de Baranda, Cándido Lara y otros nombres populares en el mundo de los negocios en Buenos Aires, Méjico y Habana. El lema de Salamanca era: «De dos maneras se hace uno rico: ahorrando ochavos y tirando onzas». Lo cierto es que combinando el ahorro con la liberalidad se obtiene mejor éxito en los negocios.

Los mineros bilbaínos, los fabricantes catalanes y los industriales azucareros, demuestran que en España se hacen grandes fortunas hijas del trabajo personal. Algunos grandes de España contribuyen á este resurgimiento de la riqueza nacional con grandes ventajas de parte suya, siendo de notar entre ellos el conde de Romanones, el marqués de Mudela, el conde de Benalúa, el duque de Tovar y



otros próceres que siguen el ejemplo de los aristócratas ingleses, que saben dorar sus viejos blasones con el oro del trabajo.

Aunque algunas industrias parecen ya agotadas para su explotación, siempre quedan y aparecen otras nuevas, y en último caso, siempre existirán artes y oficios que ofrecen trabajo seguro y remunerado, empezando por la agricultura.

IV

Así que la educación y la instrucción han de fructificar en el estado de pobreza, porque debiendo ser ésta transitoria, como hemos dicho antes, el hombre ha de salir de ella con su trabajo, sus iniciativas y su economía, teniendo resignación y entereza para sobrellevar los reveses de la fortuna que pongan á prueba su constancia; pero en manera alguna logren abatir su espíritu laborioso y emprendedor, debiendo pensar



que los reveses fortuitos no le son imputables al que los sufre.

Ahora, si la pobreza fuese consecuencia de mala administración, de gastos inmoderados ó especulaciones inmorales, entonces no debe quejarse el que sufre las consecuencias de sus actos, pues no sólo ha de tener resignación, sino que con el trabajo y la enmienda ha de procurar reponer los quebrantos que hubiese sufrido en su hacienda y de los cuales nadie más que él tiene la culpa.

Por eso el hombre ha de tener en cuenta que debe pensar, antes de comprometer el porvenir suyo, que es el de su familia, por cuyo bienestar ha de trabajar toda su vida.

Véase cómo el hombre debe mostrar su energía dentro de la pobreza, que sólo accidentalmente debe aflgirle, ya que en su mano tiene el remedio para no caer en ella.





CAPITULO XV.

Mientras viva.

Sumario.

I. La educación y la instrucción han de fructificar toda la vida. Base cristiana que han de tener.—II. La inocencia blanca como la luz del sol, como ésta tiene varios matices según la edad.—III. Cómo se representan la alegría, la esperanza, el sufrimiento, el sacrificio y la muerte.—IV. Poca duración de la dicha en la tierra.



I

La buena educación y la instrucción que el niño ha recibido deben fructificar constantemente durante todos los instantes de su vida.

Y han de mostrarse con gallardía, de modo espléndido, y siempre aureolados con los vívidos destellos del altruísmo cuando éste conduce á los hombres al sufrimiento, á la abnegación y al sacrificio necesario.

La buena educación y la enseñanza cristianas que han de ser la base de la inteligencia y el corazón del niño, preparándolo para que sea útil á su familia, á su Patria y á la Humanidad, pueden compararse á la inocencia, que siendo blanca como la luz del sol, como ésta, se des-

compone en los varios y simpáticos colores dibujados por el espectro de la belleza moral.

II

Así como la luz solar á través del prisma ó de las gotas de agua que formando lentes biconvexas dibujan el hermoso arco iris en el fondo de opaca nube que parece huir de los rayos solares al terminar la tormenta; así como el color blanco de la piedra preciosa se descompone en un deslumbrador centelleo de irisadas facetas que contemplamos con admiración, así también la buena educación, la sana inteligencia, sintetizadas por la bondad del alma cristiana, se descomponen cual la luz blanca del astro rey, dándonos sus polícromos destellos.



Cuando en la imaginación del adolescente revolotean sus ilusiones cual enjambre de multicolores mariposas,

haciendo brotar en su pecho la alegría, ésta se presenta orlada con tornasoles de color de rosa.

III

Si en la juventud vislumbra el hombre un porvenir que le sonríe y halaga prometiéndole riquezas y honores, el color de la esperanza es el que se dibuja en su retina cual fantástico jardín cuajado de flores sobre un fondo de esmeralda.

Si los azares de su vida le llevan al sufrimiento, el color morado le recuerda el martirio y la redención.

Si la familia, Dios y la Patria exigen de él el sacrificio, el color rojo hiere sus pupilas, y volviendo los ojos hacia el calvario, ve la sangre de Jesús tiñendo la bendita cruz y salpicando el rostro de la dulce madre, que sufriendo los dolores más inmerecidos, incontables y cruentos, vió morir á su hijo pidiendo el perdón para sus verdugos.

Y así aparecen en el transcurso de la vida humana, en el espejo de la conciencia, todos los colores morales, podemos decir, hasta que en las pupilas

ya casi apagadas del ser que se va se dibuja el color más fatídico, el color de la muerte; negro, con los colores de la sombría desesperación para los malos, y lleno de consoladoras esperanzas de perdón para todos los que, arrepentidos de sus culpas, se presentan ante el Tribunal de Dios para ser juzgados.

Estos son los diversos estados del alma en el hombre mientras vive, y éstos son los que han de dejar un buen ejemplo que imitar y que señalen su paso en este mundo.

La vida es sueño, como dijo el poeta, es un viaje corto, y el hombre, el viajero que ha de recorrer ese camino, debe estar preparado desde pequeño para que piense que el trabajo, la bondad, la resignación, el sacrificio, han de ser los grandes elementos que le ayuden á sobrellevar las miserias de la vida llena de sinsabores, de dolores y desengaños.



IV

En anteriores páginas lo hemos dicho.

Cuando el niño aun en la infancia puede considerarse un ser mimado y dichoso al lado de su madre, que le proporciona toda la felicidad posible en este mundo, ésta dura poco.

El día que la razón empieza á dibujarse en su mente aquel niño deja de ser feliz; desde aquel momento, aun en medio de todas las riquezas, descubre que su felicidad se labra á costa de la de su madre, y desde tal instante una nube de tristeza empaña el cielo de la que él creía dicha verdadera.

Y ésta sufre constantes y rudos golpes, porque la fatalidad, confirmando sus temores y sus angustias, le arrebata á sus padres, tal vez á sus hijos, á la que eligiera por compañera de su vida, y mientras avanza hacia el fin de su penosa carrera, observa con amargura que lo que él creía fácil camino alfombrado de flores se ha convertido en triste calvario sembrado de dolores y de espinas, porque no sólo sufre con las

desdichas propias, sino que, como le enseñó su buena madre, sufre y se atormenta pensando en las familias pobres, en las que padecen enfermedades, en los que deseando ser laboriosos y honrados tienen que emigrar, porque su Patria no les da medios para vivir con el sudor de su frente.

Y éstos, que deben ser constantes deseos para remediar tantos males, bullen en su mente, torturan su corazón, donde tiene sus raíces el árbol del bien, que ha de crecer lozano y espléndido señalando á lo alto con sus ramas, porque la savia que le nutre es la esencia del cariño maternal que le enseñó á compadecer y á auxiliar á los hombres laboriosos y buenos que honran su nombre y el de su Patria.



Así debe cumplir sus altos fines el hombre mientras viva, dejando al morir una estela luminosa que señale su paso por la tierra.



CAPITULO XVI

Después de la muerte.

Sumario.

I. Cómo fructifican el amor materno y el amor filial después de morir la madre y los hijos.—II. Sagunto y Numancia comparados con los espartanos que sucumbieron con Leónidas en las Termópilas.—III. Cómo ha fructificado el ejemplo de tales españoles.—IV. Si los españoles no supiesen defender hasta morir este suelo privilegiado, ¿qué les dicen las madres españolas á sus hijos? ¿Cómo deben aprovecharse las condiciones de los hijos de España?—V. ¿Cómo fructifica el patriotismo después de morir los hijos del trabajo y de la virtud que han sabido reunir un capital? Dentro de nuestra esfera todos podemos realizar una meritoria labor que fructifique y sea bendecida después de nuestra muerte.



I

El hermoso ejemplo de los que saben morir por la Patria, así como el de los que sacrifican su vida por los grandes ideales que persigue la Humanidad, hacen brotar en el corazón los grandes arrestos que nos impulsan para imitar los gloriosos hechos, señalados con piedra blanca en los fastos de nuestra historia, y también en la del mundo.

En la remota antigüedad, Sagunto y Numancia escriben con la sangre de sus habitantes el sacrificio de que es capaz una raza de héroes que prefieren la muerte á la deshonra.

El glorioso y respetado nombre de aquellos españoles perdura en la memoria de las generaciones, á pesar del tiempo transcurrido, y su ejemplo ha de guiar los actos de toda persona que se inspire para obrar bien en los dictados de una razón no sujeta á convencionalismos, incapaz de doblar la cer-

viz y aceptar la humillación y la afrenta que les quisieron imponer los que creyeron poder reducir á la esclavitud, atándolos al carro del vencedor á los que tenían perfecta idea de lo que debe ser la dignidad humana para hacer respetar los derechos de los hombres, que si no pueden ser libres saben morir antes que convertirse en esclavos.



El amor filial inspiró el sacrificio de Sagunto y Numancia.

Si Leónidas con sus 300 espartanos supo morir en las Termópilas para impedir el paso de los Ejércitos de Jerjes, aquellos españoles, desafiando el abrumador poder de Roma y de Cartago, señoras del mundo entonces, demostraron con igual ó mayor bizarría, con igual ó más cruento heroísmo, cómo honran y enaltecen los hijos de España el nombre de su madre inspirándose en las leyes del honor, escritas antes que en los Códigos en la conciencia de los hombres.

II

Y tal ejemplo ha fructificado sin interrupción hasta nuestros días en los pechos de los que han nacido en nuestra querida Patria. Pelayo, el Cid, Guzmán el Bueno, los héroes de las Navas de Tolosa, Lepanto, Granada, Trafalgar, los mártires de la Independencia de Cuba y Filipinas, ¿qué son sino continuadores de aquellas proezas legendarias que nos inspiran para seguir nosotros y señalar á nuestros descendientes el camino que hay que seguir para demostrar cómo vibra el amor filial en el pecho de los buenos españoles?



Y si nosotros, los afortunados, los que hemos nacido en este suelo privilegiado que alegra y fertiliza el hermo-

so sol del Mediodía; que embellecen las flores y los pájaros; que perfuman los delicados aromas de azahares y jazmines, rosas y claveles, nardos y violetas; que arrulla el céfiro juguetón repitiendo las inimitables melodías de jilgueros y ruiseñores que pueblan sus bosques y jardines; si nosotros que disfrutamos de tanta belleza y poesía no fuésemos capaces de emular y repetir los altos ejemplos de civismo que nos han dado nuestros antepasados, ¿no tenemos á nuestro lado las madres españolas que enseñan á sus hijos á ser buenos, aplicados, laboriosos, magnánimos y abnegados hasta dar la vida por la Patria diciéndoles que ellas les vengarán?

III

País que da tales ejemplos, pechos en los cuales el amor materno y el amor filial tienen altares donde el incienso que se quema es la suprema esencia del amor de los amores, del amor de las madres y de los hijos á la Patria española, sólo necesita para llegar á la meta de su felicidad, tener buenos gobernantes para que lo que supone tan-

tas energías, abnegaciones y esperanzas se sepa unir y enlazar y se aproveche para lograr que en el horizonte de nuestro porvenir surja una nueva aurora de espléndida resurrección, que pregonando nuestro engrandecimiento en toda clase de actividades laboriosas y útiles á los hombres, sea continuación de aquella época en que el esplendor español tenía como heraldos que iluminaban su gloria imperecedera los vibrantes destellos del sol que no se ponía jamás en los dominios españoles, en



aquellas tierras que el genio y los alientos de nuestra raza habían hecho surgir del fondo de los mares, que todavía tienen señalada la estela que dejaron sobre las ondas las airosas quillas de la «Santa María», la «Pinta» y la «Niña».

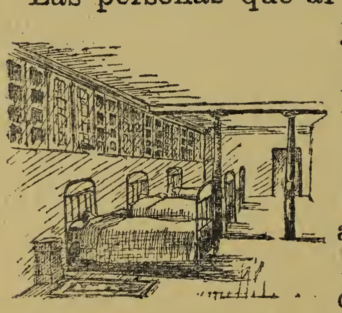
IV

Los hijos del trabajo y de la virtud, que por su propio esfuerzo personal, con su constante y meritoria labor, con

su terca y consciente laboriosidad, la economía, el cálculo y el acierto para las especulaciones mercantiles, conquistan una brillante posición y un nombre ilustre y respetado por todos; cuando sus iniciativas y sus esplendideces prestan importantes servicios á la Patria, ¿no son nombres los suyos á quienes rodea una aureola de gloria y de agradecimiento patrio que perdura y ha de fructificar después de su muerte?

¿No tenemos muchos nombres ilustres en nuestra querida España tan admirados por su laboriosidad y su constancia como respetados por su filantropía y su altruísmo?

Las personas que al morir han dejado grandes sumas para premiar el meritísimo trabajo de escritores y artistas, así como para la fundación de hospitales y



asilos para ancianos ó enfermos inválidos del trabajo, ó para Centros docentes y creación de fábricas y talleres

donde se enseñen artes y oficios, es decir, todo aquello que pueda fomentar la laboriosidad, la cultura, el bienestar de los habitantes de un país, una provincia ó una población ¿no son altos ejemplos de civismo, de filantropía; de amor filial á España, que fructifican después de la muerte del bienhechor que quiso favorecer á sus semejantes?

V

Dentro de nuestra modesta esfera imitemos á los grandes hombres que tuvieron tales iniciativas, pues todos podemos realizar una meritoria labor.

El que no pueda legar millones para aquel laudable fin puede haber socorrido á los necesitados con un pedazo de pan del que tenía para él y su familia.

Si las necesidades suyas eran tales que no pudo desprenderse de lo que á él le hacía mucha falta, aun en este caso, puede haber prestado un buen servicio á un semejante suyo proporcionándole trabajo ó personas que se lo proporcionaran y le favorecieran, y este servicio intelectual ó moral, sin duda

alguna fructificará en días venideros; cuando aquellos que eran pequeños recuerden cuando sean hombres que una persona de buenos sentimientos, un compatriota suyo, un buen hijo de España, les prestó aquellos auxilios en uno ó en varios de los azarosos momentos de la vida en que con tanta frecuencia padecemos necesidades ó desdichas de familia.

Entonces, al recordarlo, el agradecimiento humano bendecirá el nombre del bienhechor, como bendecirse debe el de la persona que puso en manos de unos padres desgraciados el pedazo de pan que les pedían sus hijos hambrientos y que ellos no tenían para darles.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
I.—Base de la educación	7
II.—Amor materno y amor filial	17
III.—Cómo se revelan	33
IV.—En la cuna y en la infancia	43
V.—En la adolescencia	55
VI.—Qué deben enseñar al niño	67
VII.—Cómo ha de fructificar siendo hijo	79
VIII.—Cómo siendo padre	87
IX.—En la edad viril	97
X.—En la vejez	113
XI.—Dentro de su Patria	125
XII.—Fuera de ella	137
XIII.—En la opulencia	155
XIV.—En la pobreza	169
XV.—Mientras viva	179
XVI.—Aun después de la muerte	187

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL LIBRO DE LOS DEBERES [1]

EL LIBRO DE LAS NIÑAS

EN PREPARACIÓN

PROSAPIA MADRILEÑA

LOS MEJORES AMIGOS

(1) LA ULTIMA EDICIÓN DE ESTE LIBRO ESTÁ AGOTADA.



